Mi querido jeque

El jeque Rafi podía tener un harén de mujeres... pero quería a la bellísima Zara Blake. Y justo cuando iba a robarle su primer beso, fue secuestrada por su enemigo.

Zara no podía creérselo: ¡la habían raptado! Y su secuestrador era un bandido peligroso...

Rafi apareció con un plan de rescate y la promesa de que se casaría con ella después de liberarla. ¿Era una trampa para presionarla... o la única forma de volver a los brazos de su amado jeque?

Prólogo

La herencia del Príncipe Rafi incluía el Emirato de Barakat Oriental, tierra de muy ricos y variados paisajes: desde los terrenos pantanosos de la costa, pasando por un vasto desierto con restos de antiguas civilizaciones muertas siglos atrás, hasta el caudaloso río de la Felicidad o las montañas en que se encontraba el palacio.

También le fue entregada la Espada de Rostam, la cual, según la leyenda, había pertenecido al gran héroe Rostam. Desde entonces, cualquier Rey de Barakat que desenfudara la espada, había advertido a su pueblo y al enemigo de que no habría un momento de paz hasta que uno de los dos sucumbiese. Una vez que la Espada de Rostam se desenvainaba, no había tregua ni negociación posibles.

De ahí que los reyes debieran estar convencidos de tener un motivo de peso antes de empuñar la espada.

Había una vez un rey de noble linaje que gobernaba una tierra bendecida por Dios. Esta tierra, Barakai, emplazada en una de las antiguas Rutas de la Seda, había asimilado durante siglos las culturas de muy diversos pueblos. Y también su geografía era variada: rodeaba el finar y, asimismo, el desierto se extendía kilómetros y kilómetros hasta lamer las faldas de las montañas de cumbres nevadas, que atrapaban a las nubes y las obligaba a descargar su peso por los ricos valles.

Era una tierra de magia y abundancia, pero también de rivalidad entre poblados, y no infrecuentes escaramuzas. Como el rey llevaba en sus venas la sangre de los Quraishi, nadie se atrevía a cuestionar su derecho al trono, aunque muchos de los jefes de los poblados que gobernaba tuvieran celos de su poder y sus riquezas.

Un día, el rey de esta tierra se enamoró de una extranjera. Después de prometerle que nunca se casaría con más mujeres, celebraron la boda y la hizo reina. Pronto tuvieron dos hijos y el rey los amó como a su mano derecha. El príncipe Zaid y su hermano Aziz eran los herederos perfectos: apuestos, nobles, valientes y queridos por el pueblo. Cuando alcanzaron la mayoría de edad, el rey supo que podría morir tranquilo, sin preocuparse por el futuro de su país, pues, de ocurrirle algo al príncipe

heredero, su hermano lo sucedería con las mismas garantías y aceptación popular que el primero.

Pero un día la desgracia se cebó con el rey y con su esposa. Los dos hermanos murieron en un mismo accidente. De pronto, la proximidad de su muerte se convirtió en el mayor enemigo del anciano rey, pues tras ella, sin duda, se desataría una guerra civil entre los jefes de los poblados que aspiraban a la supremacía.

Su amada esposa comprendía sus temores, pero ya era demasiado mayor para darle un nuevo heredero. Un día, superado el luto por sus hijos fallecidos, la reina le recordó a su marido que, según la Ley, éste tenía derecho a cuatro esposas, y le recomendó que se casara con otras tres mujeres, con la esperanza de que alguna de ellas le diera un hijo que no dejara el trono vacante.

El rey le agradeció que lo liberara de su promesa. Cuatro semanas después, en el mismo día, para que ninguna reclamara tener más derechos que las otras, se casó con tres bellas y jóvenes mujeres, y esa noche, viril a pesar de su venerable edad, visitó a cada esposa y a cada una le prometió que,

de darle un hijo, éste heredaría el trono de Barakat.

El rey era más viril de lo que pensaba. Las tres mujeres quedaron embarazadas y dieron a luz, nueves meses después, a sendos hijos rubicundos. Y las tres reclamaban el trono para sus respectivos hijos. A partir de entonces, la vida fue un tormento para el rey, pues cada mujer tenía sus motivos particulares para creer que su hijo era el más indicado para sucederlo.

La princesa Goldar, cuyos exóticos ojos verdes había heredado su hijo, Omar, era descendiente de una antigua familia real en la tierra de donde provenía, Parvan.

La princesa Nargis, madre de Rafi y descendiente de antiguos emperadores de la India, había dado a luz dos días antes que las otras dos mujeres, lo que convertía a su hijo en el primogénito.

La princesa Noor, madre de Karim, era la única de las tres de origen árabe, como el propio rey. ¿Quién mejor que su hijo para gobernar al pueblo?

El rey esperó que uno de sus hijos le resolviera el problema, haciendo más méritos que sus hermanos; pero a medida que crecían, vio que los tres, a su manera, eran merecedores del trono y cada uno tenía virtudes para gobernar Barakat.

Cuando los hijos cumplieron dieciocho años, el rey supo que su muerte estaba próxima. En su lecho de muerte, habló con las madres, una a una, y a todas les prometió que su hijo heredaría. Luego vio a sus hijos juntos y les dio una última orden. Luego, por último, vio a su esposa mas querida, con la que había compartido tanta felicidad y tristeza. A ella le encomendó el cuidado de las tres esposas jóvenes, así como el de sus hijos, para lo cual contaría con la ayuda del visir Nizam al Mulk, al que nombró regente conjuntamente con ella.

Al morir, se descubrió la voluntad del rey: estableció que el reino se dividiera en tres emiratos. Cada uno de sus hijos heredaría tino de los emiratos, así como uno de los Símbolos Reales.

Fue voluntad del padre que atendieran los consejos del visir Nizam al Mulk mientras viviera, y nombró un sucesor para cuando éste falleciese.

La última orden del rey había sido la siguiente: que sus hijos nunca se enfrentaran entre sí, ni contra sus descendientes, y que todos acudieran en su mutua ayuda cuando hubiera algún problema. Aquél que violara dicha orden quedaría maldito y arruinaría la vida de sus descendientes durante generaciones.

Así, los tres príncipes crecieron bajo el cuidado de la anciana reina y del visir, los cuales los prepararon lo mejor que pudieron para su futuro. Cuando cumplieron los veinticinco años, cada uno recogió su Símbolo Real y se marchó al palacio de su correspondiente emirato, donde vivieron en paz y en armonía entre sí, como el padre les había ordenado.

Capítulo Uno

Un caballero, a lomos de un corcel negro y flanqueado por sus compañeros de armas, galopaba por el desierto bajo el sol del alba, mientras el viento le helaba el rostro y los pulmones. Sus compañeros, animados por aquella marcha veloz, reían y gritaban sus nombres al aire, al tiempo que apremiaban a sus caballos.

A no mucha distancia, tras un espacio rocoso circundado por unas pocas palmeras, se erguían los blancos pilares de piedra de unas ruinas antiguas y, más allá, una gran tienda de campaña verde. Pero no avanzaban hacia la tienda, sino hacia el terreno rocoso de relucientes aguas. El jinete del corcel se adelantó, corrió hasta conquistar la superficie rocosa y levantó un brazo en señal de victoria.

Sus compañeros lo siguieron de cerca. Apenas se habían separado unos metros y sólo los tres jinetes más retrasados pudieron apreciar el repentino frenazo de su superior. Luego, también ellos se detuvieron asombrados.

Ver a una mujer en el desierto no era del todo imprevisible, por supuesto. Pero ver a una bella dama medio desnuda bajo la cascada, lavándose el cabello, negro y rizado hasta los hombros, parecía digno de las antiguas leyendas.

Ensordecida por el ruido del agua sobre sus oídos, todavía no había advertido la presencia de los caballeros. La mujer salió perezosamente de la cascada, abrió los ojos y los vio. Se quedó paralizada.

-Salaam aleikum -saludó tras recuperarse de la sorpresa.

Tenía acento extranjero, como extranjera era asimismo su aire digno, soberbio y desafiante. El jinete del corcel la miró en silencio. La mujer era bella como una gacela. El agua relucía sobre su piel suave, la boca tenía un mohín perfecto; eran sus pechos firmes y redondeados y sus caderas, delgadas pero muy femeninas. El color del bañador hacía juego con su piel bronceada. Tenía piernas esbeltas y sus pies se aferraban al suelo con seguridad.

Por un momento, pensó que se trataba de una ilusión óptica que se desvanecería.

Sus hombres lo miraban, a la espera de que respondiera. También ella lo miraba y, de alguna manera, parecía haber adivinado que estaba al mando de aquellos caballeros. La miró fijamente. Cuando el silencio se prolongó demasiado, creyó advertir una expresión de temor y, de pronto, aún sin poder articular mas palabra, la vio girarse con decisión y empezar a trepar por la pared rocosa de la camada. Y en un instante, como si de veras se hubiera tratado de una ilusión, desapareció.

Los hombres comenzaron a hablar y el jinete del corcel denegó con la cabeza, como despertando de un sueño. Sólo habían pasado dos minutos desde su llegada a la cascada, pero, en tan breve espacio de tiempo, supo que su vida había cambiado.

-¿Qué demonios pasa ahí fuera? -preguntó Gordon mientras entraba en la tienda de campaña y se quitaba el sombrero, imprescindible para todo aquél que trabajara bajo el sol.

-¿No te has enterado? -chilló Lena, entusiasmada-. Es la tienda del mismísimo sultán.

Gordon pestañeó, quizá por la dificultad de los ojos para adaptarse a la sombra, o por la sorpresa de la noticia.

-Nos ha invitado a cenar a todos –añadió Ryan-. Ésos de ahí fuera son sus criados. Están preparando el banquete.

Gordon echó un vistazo a la enorme tienda circular.

-Parece un estadio de fútbol -comentó-. ¿Cuántos piensa que somos?

Gordon era inglés y se tomaba muy a pecho no dejarse llevar nunca por la emoción. Zara sólo le había visto perder la compostura en una ocasión, la primera vez que habían tenido pruebas evidentes de hallarse en la mítica ciudad de Iskandiyan, lo cual había supuesto la culminación de su carrera como arqueólogo.

-Quiere que le digamos cuántos somos exactamente -dijo Zara, en referencia al príncipe de Barakat Oriental.

-¿Por qué lo hace? -preguntó alguien. -Para darnos la bienvenida a su país, según su mensajero.

Ya llevamos tres meses en su país. -Las cosas de palacio van despacio... -Supongo que por fin le habrá llegado el mensaje que le envié, diciéndole que hemos encontrado las puertas que confirman que ésta es la antigua ciudad de Iskandiyar -dijo Gordon.

-Puede que haya decidido conocernos, por si encontramos algún tesoro.

-Ya tiene todo el dinero que quiera –intervino Warren.

Siendo jeque, no me extraña... Y no está casado -apuntó Lena, sin aliento, provocando una carcajada general-. ¿Por qué os reís? No lo está. ¿No os acordáis de cuando el Jeque de Barakat Occidental secuestró a la mujer ésa? -añadió.

Por supuesto que lo recordaban. De hecho, no habían hablado de otra cosa durante varios días.

-Al final acabaron casándose y en la radio dijeron que los otros dos hermanos aún seguían solteros -prosiguió Lena, obteniendo una nueva carcajada de sus amigos-. ¿Qué pasa?, ¿qué es lo que he dicho ahora? -preguntó con buen humor.

-Nada, Lena. Es que da la impresión de que estás deseando que te secuestren a ti -contestó Zara con delicadeza.

-¿Tanto se me nota? Bueno, por soñar que no quede, ¿no?

Zara sintió un escalofrío. Todavía no les había contado lo de su incidente en la cascada. En parte porque sabía que le echarían la bronca, pues todos habían sido advertidos de la presencia de bandidos por la zona y sabía que no debía salir sola del campamento; pero no era ése el único motivo por el que no quería hablar al respecto.

Se había sentido tan expuesta cuando el jefe de aquellos caballeros la había mirado... Había sido como si todo se hubiese detenido y él la hubiera conquistado y poseído. Ni siquiera ahora comprendía de dónde había sacado las fuerzas para escapar de la prisión de su mirada y trepar por las rocas. Ni por qué la había dejado escapar él.

Al llegar al otro lado de la rocosa pared, había echado a correr y no había mirado hacia atrás hasta llegar al campamento.

Pensaba que Lena era tonta por desear que la secuestraran; debía de ser una experiencia terrible; y, sin embargo, le daba pena pensar que no volvería a ver al hombre del corcel negro...

-Por cierto -irrumpió Zara, decidida a confesar su experiencia-, creo que me he topado con unos bandidos.

-¿Dónde? -le preguntaron varios hombres a coro.

-Hace un par de días me acerqué a la cascada...

-¿Tú sola? -dijo Gordon-. Zara, no fue una idea brillante.

-Sí, bueno, no volveré a hacerlo. Llegaron a galope mientras yo me estaba bañando. No los oí acercarse. Simplemente abrí los ojos y los vi.

-Y ellos a ti?, ¿te vieron a ti? -preguntaron con interés-. ¿Cómo te escapaste?

-Escalé las rocas y corrí a toda velocidad. Si te hubieran visto, te habrían dado alcance a caballo -comentó alguien-. Lo más probable es que no te vieran.

Zara no dijo nada, se levantó y se acercó al frigorífico por un refresco. Luego dejó a sus compañeros y se quedó mirando el campamento.

Tenía muchísima suerte de estar en esa excavación. Iskandiyar, una ciudad del tercer siglo antes de Cristo, había sido nombrada por muchos autores clásicos y su incierto paradero había obsesionado a los arqueólogos durante décadas y décadas. Según la Historia, debía encontrarse junto a mi río llamado Saadat, Felicidad. Viajeros de todo el mundo la habían buscado en vano desde hacía más de un siglo, razón por la cual algunos habían sugerido que los escritores clásicos se habían equivocado al establecer su emplazamiento... Gordon, en cambio nunca había dudado de ellos. Él había leído todo cuanto se había escrito sobre Iskandiyar y sabía que la antigua reina Halimah de Barakat había construido puentes, túneles y numerosos edificios públicos; había cambiado el curso de los ríos, incluido el río Saadat...

Y si habían cambiado el curso del río ochocientos años después de la fundación de la ciudad, las ruinas ya no habían de estar junto al río.

Por suerte, Zara había estado asistiendo a las clases de Gordon cuando éste había empezado a organizar un equipo de investigación. Había coincidido con el año de

su licenciatura y, lo mejor de todo, él le había ofrecido formar parte de la expedición.

Hasta no haber descubierto al inmenso león de mármol, oculto bajo la arena durante siglos, se habían guiado por la convicción de sus corazones; pero ahora era evidente que habían hallado las famosas Puertas del León, tal como la denominaban los autores clásicos. La ciudad había sido fundada por Alejandro Magno hacía más de dos mil trescientos años. No mucho después, el rey de Macedonia había llorado la inexistencia de nuevos mundos que conquistar.

Y allí estaba ella ahora, encontrándose con la historia y haciéndola al mismo tiempo. Zara miró los blancos pilares, brillantes bajo el sol abrasador. A veces se preguntaba sobre aquellas lágrimas de Alejandro. ¿Acaso había tenido algún hueco en su interior del que sólo lograba olvidarse si no dejaba de viajar, guerrear y conquistar cuanto veía?, ¿no sería un vacío personal, más que la ausencia de otros mundos, lo que la había hecho llorar?

Lara no tenía aún treinta y tres años, la edad a la que Alejandro había conquistado todo el mundo entonces conocido, y, por muy afortunada que fuese por poder disfrutar del éxito de aquel descubrimiento arqueológico, todavía tenía muchos mundos pendientes de conquistar. Y precisamente eso era lo que la hacía llorar en ocasiones. No entendía por qué, pero a veces sentía como si estuviera perdiéndose algo; como si debiera haber hecho o estar haciendo alguna cosa distinta.

Amaba su trabajo. Siempre le había encantado la Historia, desde el mismo momento en que había comprendido lo que ésta era. Disfrutaba del ejercicio mental de tratar de comprender las viejas costumbres, los motivos que habían generado la evolución de culturas desaparecidas hace mucho. De niña la habían llevado al campo, a una excavación arqueológica en Toronto, y aún recordaba la emoción que había sentido al darse cuenta de que la historia podía tocarse, oírse, desenterrarse de la superficie. A partir de entonces, había sabido con certeza lo que quería ser en la vida.

Nada la había detenido. Había sacado buenas notas en el instituto, la habían aceptado en la universidad de Toronto y Gordon, avisado de su pasión y constancia, la había tutelado con especial atención, como había hecho antes con otros estudiantes prometedores, famosos posteriormente por sus descubrimientos particulares. Sin duda, no podía haber deseado un comienzo mejor para su carrera profesional.

Su vida personal era agradable. Había tenido una infancia sencilla, feliz, y había superado la adolescencia con sólo un par de años de lágrimas y enfrentamientos rebeldes con sus padres. Había salido con pocos chicos y, en tal caso, nunca en serio. Evidentemente, aspiraba a enamorarse algún día, pero no tenía prisa...

Y, sin embargo, al igual que Alejandro, quería llorar.

¿Por qué?, ¿qué echaba de menos en la vida?, ¿qué quería de ella?

Sin saber por qué, recordó la incisiva mirada del bandido que la había sorprendido en las cataratas. Había vislumbrado un mundo distinto en aquellos ojos negros, hambrientos y apasionados; un estilo de vida con el que jamás había soñado hasta entonces.

Por un momento imaginó qué habría ocurrido si él la hubiese perseguido, la

hubiera puesto sobre su corcel y se la hubiera llevado. Alguien podría haber dicho que la había tomado como rehén, pero él no la había mirado como un bandido ante una posible víctima...

Había corrido más que en toda su vida. El corazón nunca le había latido tan rápido... cerró los ojos, impidiendo el paso de la luz del desierto, pero la mirada del bandido siguió acompañándola.

Capítulo Dos

Los preparativos duraron toda la tarde. Llegaron varios helicópteros con comida, hombres que iban y venían en jeeps o a caballo. Pero, a pesar del gentío, apenas se oían ruidos ni se advertía apresuramiento alguno. Todo se hacía con tal orden y calma, que a Lena le daba la impresión de que el equipo de arqueólogos trabajaba como una panda de cuatreros.

Todas las mujeres coincidieron en la necesidad de lucir sus mejores galas para el banquete. Y todos convinieron en aparcar las herramientas antes que de costumbre, para prepararse con tiempo. Una de las mujeres sacó una plancha y preguntó si la podía enchufar al generador de electricidad:

-¡Qué maravilla! -exclamaron entusiasmadas las otras mujeres-. ¿Cómo se te ha ocurrido traerla, Jess?

-La metió mi madre. Le dije que no la usaría nunca, pero ella insistió.

-¡Pues dale un beso a tu madre de parte mia en la próxima carta que le escribas! –Lo que no tengo es tabla para planchar. -Una toalla. Basta una toalla sobre una de las mesas...

Los hombres se retiraron, rascándose la cabeza.

Establecieron turnos para ducharse y para la plancha. Por suerte, casi todos tercian algo apropiado para la ocasión, ya que habían previsto salir a conocer la noche de los emiratos de Barakat en algún momento u otro. Gordon, por ejemplo, asombró al grupo entero cuando apareció con una corbata y unos zapatos nuevos y relucientes.

-No hay que descuidar la imagen -comentó a modo de explicación.

-¡Guau! -exclamó Lena-. Es como en una de esas películas: vestido así en pleno desierto y todo eso...

La rubia Lena se llevó el premio a la más elegante y femenina, con un vestido rosa cortito, a juego con una chaqueta llena de ribetes dorados; pero fue tara la que los dejó a todos boquiabiertos, con un precioso y sencillo vestido blanco, de amplio escote en uve y mangas largas, que te llegaba hasta los pies, morenos, calzados en delicadas sandalias, mientras el pelo rizado le caía sobre los hombros y la espalda.

-Estás impresionante -la halagó Lena. -Te aseguro que tú tampoco estás nada mal -dijo Greg, tras acercarse a Lena y rodearle por la cintura con un brazo-. Como alguien intente seducirte, tendrá que vérselas conmigo.

-Lo que le llevará un minuto, más o menos -bromeó otro hombre.

-Gracias, Greg -dijo Lena, sonriente-. Eres un cielo.

-Bien, ¿estamos todos? -preguntó Gor-don con serenidad-. Antes de empezar, os recuerdo que probablemente estaremos sentados en cojines, sobre el suelo, y que en esta parte del mundo es de mala educación dirigir las plantas de los pies hacia alguien. Así que no penséis que podéis cruzar las piernas, dejando los pies en dirección al príncipe. Permaneced con los pies debajo de vosotros, ¿esta claro?

Después de un par de advertencias más, salieron de su tienda y se dirigieron hacia la del sultán.

Apenas habían avanzado unos metros cuando salieron a su paso unos criados con teas encendidas, y un hombre vestido de azul, que se inclinó en reverencia, se presentó como Arif ur-Rashid, acompañante del príncipe.

-¡Qué detalle! -susurró Gordon al oído de Zara-. Por tradición, cuanto más se aleja el delegado real para dar la bienvenida a sus invitados, mayor es el honor. Tiene pinta de que la fiesta va a estar bien: habrá perlas en las copas de vino y todas esas cosas.

Zara soltó una risilla: era una de las pocas que advertía cuándo hablaba en broma Gordon y éste sonrió en correspondencia.

Pero la broma no distó mucho de la realidad. De hecho, todos se quedaron maravillados cuando entraron en la tienda del sultán.

Era como entrar en la mansión de Aladino. Todo resplandecía con colores cálidos y suntuosos. Cada centímetro de las paredes, el suelo y el techo estaba cubierto por alfombras o refinados pañuelos, y los muebles estaban tan lustrados que casi deslumbraban a quien los mirase.

Toda la luz procedía de llamas que, al aire libre, se reflejaban en mil espejos. Y había multitud de hombres guapos, bien vestidos, todos pertenecientes al Cuerpo de Acompañantes del príncipe. El equipo sintió como si hubieran dado un salto atrás de varios siglos en el tiempo.

Uno de los acompañantes había visitado la excavación de Gordon por la tarde, y éste le había presentado a la totalidad del equipo, lo que permitió que ahora los llamaran por su nombre.

Conversaron durante varios minutos, hasta que se oyó el ruido de un helicóptero que aterrizaba y todos se giraron hacia la entrada. De pronto, un grupo de hombres entró, charlando y riendo animadamente.

Los recién llegados lucían indumentarias tan exóticas y coloridas como las de los acompañantes, y el esplendor del príncipe resultaba abrumador e inconfundible.

Vestía una chaqueta de seda color crema, unos pantalones verdes y un pañuelo dorado sobre la pechera, todo ello adornado con perlas, rubíes y demás piedras preciosas. Tenía bigote negro y una tupida mata de pelo, también negro.

Alzó la mano con arrogancia, en un gesto que en otro hombre habría resultado ridículo, pero que en él parecía natural y recitó sonriente unos versos en árabe, para saludarlos a continuación en inglés:

-Les agradezco que se sienten en mi pobre mesa. Que Alá bendiga ocasión tan

memorable.

El príncipe Rafi adivinó el rango de Gordon dentro del equipo de arqueólogos y lo saludó, seguido de Arif. Intercambió con él unas palabras y luego estrechó la mano de cada uno de los demás integrantes del equipo.

Cuando, al final, llegó a la altura de Zara, esta apreció la fragancia y el poderoso aura que emanaban de aquel hombre.

-La señorita Zara Blake, Su Alteza -dijo Arif, al tiempo que la mano del príncipe rodeaba la de ella-. Señorita Blake, Su Alteza Hajjí Rafi Jehangir al Quraishi.

-Es un placer conocerla, señorita Blake –saludó el príncipe con voz de terciopelo.
-Encantada, Su Alteza -murmuró Zara con rubor.

-Espero que su estancia en mi país sea larga y provechosa -dijo él.

-Su Alteza es muy amable -repuso Zara, si lograr mantenerle aquella mirada negra durante mucho tiempo.

-De modo que se llama Zara -dijo entonces el príncipe, extendiéndose con ella más que con el resto del grupo.

-Sí.

-Un nombre muy bonita. En mi idioma significa flor y esplendor, belleza -la informó el príncipe, dándole a entender que habían acertado llamándola así.

-Oh...

-¿Sus padres saben árabe?

-No... mi padre es francés y mi madre... de Canadá -se encogió de hombros y trató de sonreír-. Una especie de mezcla.

Zara no comprendía por qué estaba tan azorada. No había ningún motivo para sonrojarse como si fuera una quinceañera. Miró alrededor y notó que los demás habían advertido el interés del príncipe en ella.

-Damas y caballeros -intervino Árif entonces-. Aquí, en Barakat, no seguimos la costumbre de servir bebidas y entremeses antes de la comida. Los invito a que tomen asiento directamente en la mesa del príncipe.

Una puerta se abrió a continuación, la cual conducía al cenador real.

-Permítame que la acompañe, Zara -se ofreció el príncipe Raf .

-Gracias -repuso ella, estremecida por oír su nombre en boca del príncipe.

El resto del equipo los siguió al cenador, donde se detuvieron maravillados y se sintieron como bárbaros que ven por primera vez muestras de la civilización.

Mientras los acompañantes les indicaban dónde debían sentarse, el príncipe Rafi acompañó a Zara por toda la pieza, primorosamente decorada con cientos de cojines de seda, distribuidos en torno a una larga mesa rectangular, situada a pocos centímetros del suelo. En una esquina había una fuente de mármol y el sonido del agua al caer resultaba más melodioso que la misma música. Zara no había visto nada parecido en toda su vida.

-Es precioso -comentó con calma.

-Me alegra que te guste, Zara -la tuteó el principe Rafi, sonriente, mientras la guiaba al extremo de la mesa, para que tomara asiento junto a él. Al otro lado del

príncipe habia un acompañante y, junto a éste, se sentaba Gordon. El resto se fue repartiendo tic acuerdo a las instrucciones de los demás acompañantes.

Zara se acomodó sobre los cojines más mullidos que jamás había visto, colocando los pies debajo de ella. Luego se giró y vio que Arif se había sentado a su otro lado.

La música empezó a sonar, tocada con delicadeza por una orquesta con instrumentos desconocidos para Zara.

Arif dio dos palmadas y un regimiento de chicos y chicas apareció con bandejas plateadas. Una de las chicas se arrodilló entre el Príncipe y Zara y les ofreció una pastilla de Jubón. Él pronunció un par de palabras y la chica; ruborizada, se giró a Zara con la pastilla. Esta agradeció que Gordon le hubiera explicado el ritual, tomó el jabón y se lavó las manos mientras un niño echaba agua desde una jarra.

Cuando Zara hubo terminado, la niña hizo ademán de tomar la pastilla, pero el príncipe Rafi se adelantó. Zara le entregó la pastilla, con el corazón palpitante, y sintió que le faltaba el aire al rozarse con la mano de él, que no dejaba de mirarla.

Lenta y perezosamente, Rafi devolvió la pastilla a la bandeja y colocó las manos bajo el chorro de agua que el niño dejó caer.

-Te están ofreciendo la toalla -dijo el príncipe.

-Gracias -murmuró ella, al tiempo que sonreía a la sirvienta. Se secó las manos y miró al príncipe hacer lo mismo. Luego, tanto el niño como la niña se unieron a los demás sirvientes y salieron de la pieza.

Casi al instante entró otro grupo de sirvientes, trayendo consigo el delicioso y ansiado aroma de la comida. Colocaron algunos platos en la mesa y otros los iban ofreciendo de invitado a invitado. Las copas y los vidrios se llenaron de agua, vino y exóticos zumos.

-Quiero felicitar a todos los miembros de este grupo arqueológico por descubrir este campamento histórico, que excavaréis en los años venideros, para arrojar un rayo de luz sobre la historia antigua del mundo y de mi país -dijo el príncipe después de haberse servido toda la comida, alzando su copa para brindar-. En particular, doy la enhorabuena al señor Gordon Rhett, al que conozco desde que me visitó y escribió para adelantarme entusiasmado su proyecto.

Se giró, saludó a Gordon con su copa y los dos bebieron.

Pero no es momento de discursos. Los placeres de la mente llegarán después de haber satisfecho los placeres de la carne siguió el príncipe. Y, al oír lo de «los placeres eres de la carne», Zara sintió que la t m pie se le ponía de gallina.

Estoy perdida», pensó. «Si de veras me desea, no seré capaz de resistirme».

Capítulo Tres

Con el paso de la velada se fue haciendo evidente que el príncipe Rafi sólo tenía ojos para Zara. En más de una ocasión, casi sin darse cuenta, el príncipe interrumpía una conversación con otra persona para ofrecerle algún manjar exquisito, pedir a algún

sirviente que volvieran a llenar la copa de Zara o preguntarle con una sonrisa cómplice si le gustaba lo que acababa de probar.

Cuando llegó el cordero asado, contó la anécdota de cuando su padre, de acuerdo con la tradición, le entregó uno de los ojos del cordero al invitado más distinguido.

Era fantástico contando historias y sabía arrancar las risas de los demás sin dificultad:

-¿Se lo tuvo que comer delante de todos? -preguntó Zara.

-Mi madrastra, la primera y más querida esposa de mi padre, acababa de casarse con él. Estaba sentada frente al embajador de Inglaterra, el invitado de honor, y tiró su copa de vino adrede para, con la confusión, permitir que se librara de comérselo. Cuentan que luego, en privado, le hizo prometer a mi padre que no volviera a servir ojos de cordero a ningún invitado extranjero.

Todos rieron y Rafi contempló el brillo de los ojos de Zara, así como la forma en se agitaban sus pechos y el movimiento de su pelo rizado.

-Mi madrastra misma era extranjera. Comprendía a los extranjeros y le daba muy buenos consejos a mi padre. Ella siempre lo ayudó mucho -prosiguió el príncipe-. Estuvieron enamorados toda la vida -añadió mirando a Zara.

Ésta dejó de reír y las mejillas se le encarnaron de súbito. Una cosa era que no dejara de mirarla y otra sobrepasarse. Aquello empezaba a resultar ridículo e irritante.

-Pero aun así se casó con otras tres mujeres, ¿no? -replicó Zara con frialdad-. De hecho, ella no fue tu madre.

En vez de retraerlo, aquel comentario suscitó el interés del príncipe, que interpretó aquella crítica como una muestra de celos.

-¡No conocéis la tragedia de mi padre! -exclamó él. Luego miró hacia los músicos-. ¿Dónde está Motreb? Pedidle que venga.

Un hombre vestido de forma peculiar apareció poco después, con un instrumento parecido a un banjo.

-Motreb, quiero que les cantes a mis invitados la canción de amor de mi padre -solicitó el príncipe.

Después se giró hacia Haroun y éste, a medida que Motreb cantaba la historia, fue traduciéndola para los arqueólogos.

-A nadie más que a ti amaré... -arrancó Motreb.

Zara escuchó fascinada, tanto por el relato en sí, como por la cautivadora melodía y la voz del cantante. Poco a poco, fue oyendo la historia de la boda entre el rey Daud y la extranjera; se enteró de los felices treinta años de matrimonio en compañía, del nacimiento y la posterior muerte de sus dos hijos...

-Hemos perdido a nuestros hijos carísimos, esposo. Y aunque mi corazón quisiera ofrecerte otros, ya soy anciana y no puedo... Tu promesa, pronunciada en el dulce florecer de la juventud, también es vieja y ha muerto con nuestros hijos. Toma, esposo amado, a otras tres mujeres por esposas y consigue un sucesor para tu reino -finalizó Motreb.

Las lágrimas se asomaron a los ojos de Zara al oír el trágico final de aquel romance. Lena ahogó un sollozo y no faltó quien se sonó la nariz discretamente con un pañuelo.

Notó que le agarraban la mano, con firmeza y dulzura al mismo tiempo, y su mirada voló hacia el rostro del príncipe Rafi, al cual la estaba observando con intensidad. Dejó que le besara los nudillos una, dos veces y, a pesar de su propósito de permanecer serena, el corazón le latió agitado contra el pecho.

Le costaba tragar. Jamás se había visto expuesta a una seducción de una forma tan pública. Cuando la canción finalizó, el príncipe le sirvió una copa de vino al cantante, el cual la apuró y encontró en el fondo una birla, a modo de recompensa.

Dos acompañantes narraron diversas anécdotas personales y, después, un grupo de jóvenes gimnastas realizaron una exhibición de sus destrezas. Luego asistieron a una hechizante danza del vientre y todos los artistas eran gratificados con joyas.

Mientras tanto, la comida se sucedía sin parar, así como las miradas de Rafi a Zara. Era un hombre carismático: atractivo, viril, de sonrisa endiablada... Zara pensó que debía resistirse, pero no encontraba fuerzas con que contrarrestar el encanto del príncipe.

Después de retirar todas las bandejas con comida, los criados comenzaron a pasear, ofreciendo dulces turcos. Más tarde, los invitados se levantaron, imitando a los acompañantes; pero cuando Zara trató de incorporarse, la mano del príncipe se lo impidió.

Tras unos segundos, éste hizo una seña a un acompañante llamado Ayman, el cual había cambiado su asiento y se hallaba ahora junto a Lena, a despecho de Arif. El acompañante asintió con la cabeza y se retiró de la pieza.

-Entre nosotros es costumbre entregar túnicas honoríficas a aquellos que han servido bien a nuestro país -arrancó el príncipe-. Y dado que vosotros habéis descubierto que el gran Iskandar, al que vosotros llamáis Alejandro, visitó esta tierra, es para mí un placer agasajaros con una túnica a cada uno.

En ese momento, Ayman regresó, seguido por una hilera de niños y niñas. Cada joven llevaba una de las prendas, dobladas, todas de diferentes colores y diseños, relucientes con hilos de oro y plata. Se arrodillaron frente a los distintos miembros del grupo de arqueólogos y les ofrecieron sus respectivas batas.

Todas las mujeres exclamaron encantadas y también los hombres expresaron su agradecimiento por el regalo. Pronto se pusieron en pie y comenzaron a probarse las batas.

Una niñita miraba con admiración a Zara, la cual le dio las gracias. Luego miró al principe y éste, para sorpresa de Zara, le sonrió con cariño, justo antes de que la chica saludara y desapareciese.

Quiénes son estos criados tan jóvenes? -preguntó Zara.

-No son criados -repuso el príncipe, sonriente-. Son las hermanas y hermanos pequeños de los acompañantes; o mis primos... todos son educados en palacio y, aparte de aprender idiomas y las asignaturas normales, les enseñamos las normas de

hospitalidad.

-¡Es precioso! -exclamó Zara entonces, Cuando hubo extendido su túnica, antes de ponérsela-. No puedo...

Gordon, que se encontraba a poca distancia, le lanzó una mirada reprobatoria, como advirtiéndole que sería un grave insulto rechazar aquel regalo. Y si ella insultaba al iníncipe, el futuro de la excavación se vería comprometido; entre otras cosas, porque todo el grupo esperaba convencerlo para que contribuyera con algo de dinero, para poder trabajar con los medios adecuados.

-Me encanta -murmuró mientras trataba tic hacerse hueco entre los cojines del suelo. Pero, antes de que se diera cuenta, se tropezó y cayó encima del príncipe.

Este la envolvió en seguida entre los brazos mientras la túnica de Zara caía sobre una lámpara, como si fuera un velo.

-El perfume de tu cabello enloquecería a cualquier hombre -le susurró el príncipe al oído-. He soñado contigo, en sueños y despierto.

Zara sabía que todo el mundo estaba mirándolos. De no sentirse tan embarazada, se habría echado a reír de aquella absurda expectación; pero el tacto del príncipe la estaba derritiendo...

-Lo siento -se disculpó ella-. No sé por qué estoy tan torpe.

-¿No lo sabes? -el príncipe sonrió mientras la ayudaba a recuperar el equilibrio.
-Bueno... -no sabía qué decir, de modo que se agachó para recoger su túnica y se la puso-. Gracias -añadió perturbada.

A fin de rescatarla del asedio, Gordon se acercó al príncipe:

-Creo que debería decirle que un miembro de nuestro equipo vio a un grupo de bandidos hace un par de mañanas. Al parecer eran unos cuantos, y temo por la seguridad del grupo.

-¿Bandidos? -se extrañó el príncipe-. ¿Tan cerca? Jalal no suele acercarse a esta orilla del río. ¿Dónde los visteis exactamente?

En la cascada. Vamos allí para refrescarnos cuando hace mucho calor.

-¿En la cascada? -repitió de nuevo el príncipe-. ¿Cuándo y cuántos eran? -preguntó a continuación, dirigiéndose a Zara con la mirada.

-Fue hace tres días. No me paré a contar cuantos eran; pero calculo que serían diez o doce, todos sobre magníficos caballos. -¿Tuviste miedo?

-Mucho -repuso sin énfasis. -¿Viste al capitán?

-Creo que sí -repuso Zara, tratando de no estremecerse con el recuerdo de la mirada del bandido-. Desde luego, uno de ellos tenía un aire superior a los demás.

-Y él... ¿te vio a ti? -preguntó el príncipe-. ¿Y no te atraparon?, ¿eran doce hombres y lograste escapar? -añadió después de que Zara asintiera con la cabeza.

-Creo que no lo intentó. Estoy segura de que si me hubieran seguido a caballo, me habrían dado alcance -contestó ella con cierta inquietud.

-Entonces es un idiota -afirmó el príncipe Rafi-. Si un hombre ve lo que quiere, ¿no debería hacer lo que fuera por conseguirlo?

-Quizá no vio lo que él deseaba -repuso Zara, sonriente, a pesar de saber que

aquel bandido la había deseado.

-¿Qué hombre no desearía a una mujer tan bella como tú, semidesnuda bajo el agua de la cascada? Seguro que hasta sintió celos de los acompañantes que también te vieron. Si no te persiguió en ese momento sólo puede ser porque tendría otros planes para conquistarte.

Fue la cruda pasión de sus ojos, más que ninguna otra cosa, lo que la hizo comprender la verdad. El príncipe había estado ocultando aquella mirada devoradora durante toda la velada, pero de nuevo la había desenmascarado.

-¡Eras tú! -susurró sin poder apartar los ojos de él.

De ahí el súbito interés del sultán por el equipo, por esa cena... por eso la había escogido desde el primer momento, comprendió Zara.

Su Alteza Hajji Rafi Jehangir al Quraishi era el hombre al que había tomado por un bandido en la cascada.

Capítulo Cuatro

Cuando por fin consiguió separar la mirada del príncipe, advirtió que todos los miembros del grupo estaban pendientes de ella.

Disculpa -se excusó Zara, al tiempo que se ponía de pie. Luego avanzó entre todos los presentes y salió al exterior, donde una luna llena brillaba sobre el desierto, sobre las dunas, sobre la tienda del equipo arqueológico, sobre la cascada y su pared rocosa...

Arrastrando la túnica honorífica al caminar se dirigió hacia las rocas, a pesar de la oscuridad, y pronto salvó la distancia que la separaba de allí.

Según la teoría de Gordon, el río Felicidad había pasado por ahí antes de que la reina Halimah cambiara su rumbo. Estaba recorriendo el mismo camino que probablemente había cubierto Alejandro Magno. Se sentó sobre una roca e introdujo una imano en el agua para refrescarse el ardor fe las mejillas.

Hacía dos mil trescientos treinta años que Alejandro Magno había estado allí con su ejército, pero los sentimientos humanos apenas habían variado desde entonces. Los hombres seguían consumiéndose por los celos, la pasión, el deseo sexual irreprimible.

No sabía cómo manejar la situación con el Príncipe Rafi. No podía negar que existía una tremenda atracción entre ambos. La había experimentado al tomarlo por un bandido v el hecho de descubrir su verdadera identidad no había disminuido la intensidad de dicha atracción.

Pero era una extranjera en un país desconocido. No sabía los peligros a los que se expondría si se abandonaba a sus sentimientos y accedía a los deseos del príncipe. Apenas sabía unas pocas palabras de su idioma, y tampoco conocía lo suficiente sobre el país y su cultura.

Y en el caso de entregarse por una noche, o una semana, ¿qué implicaría finalmente? ¿Dejaban los reyes escapar a sus amantes después de haberse acostado

con ellas, o las guardaban celosamente en sus harenes, sin desearlas más, pero incapaces de liberarlas para que ningún hombre pudiera compararse con ellos como amantes?

De pronto oyó un ruido y algo que sonó como un resoplido de caballo.

-¿Quién está ahí? -preguntó Zara, alarmada.

De repente, el lugar le pareció estar lleno de peligros. Zara tembló de la cabeza a los pies. ¡Qué idiota había sido! Y si el príncipe la había seguido, tomando aquella salida como una invitación para encontrarse a solas. Oyó una pisada y tuvo la certeza de que era Rafi quien se acercaba a ella. Presa del pánico, echó a correr hacia las rocas, pero un caballo negro le obstaculizó el paso y, de entre las sombras, un cuerpo se inclinó, la apresó y, un segundo más tarde, ya estaba ella sobre el caballo, con la cara aplastada sobre el pecho de él.

Se agarró al príncipe para no caerse, pues iban a galope y sabía que un accidente a esa velocidad podría resultar fatal. El corazón le martilleaba en los oídos ensordecedoramente.

Trató de gritar, pero tenía la boca contra vi cuerpo del príncipe. Zara aspiró la fragancia de su piel, el olor del caballo y del desierto... y los pelos de la nuca se le erizaron.

Aquél no era el aroma que había notado en el príncipe durante la velada.

En ese preciso instante, el jinete perdió momentáneamente las riendas del caballo, asustado por la presencia de un hombre.

A la luz de la luna, el color de su capa parecía morado, pero su rostro era inconfundible: el príncipe Rafi los había dado alcance por otro camino... pero el jinete secuestrador logró esquivarlo y, tras recuperar el control, se alejó a tal velocidad que el príncipe les perdió el rastro en la oscuridad.

Entonces sí gritó, alto y repetidamente, pero ya era demasiado tarde. Estaban solos en la inmensidad del desierto. Intentó chillar de nuevo, pero el jinete le agarró la cabeza con una mano y la apretó contra su pecho.

Tuvo miedo de caerse del caballo cuando las patas de éste se doblaron momentáneamente al atravesar un banco de arena; pero el jinete la sujetó con fuerza. Estaba aterrada y se preguntaba qué sería peor: lo que el bandido tenía pensado hacerle o vagar abandonada por el desierto.

-Si forcejeas, te ataré a la montura -le advirtió el bandido-. Si gritas, te dejo inconsciente de un golpe -añadió amenazante.

-No puedo respirar -protestó Zara.

El jinete le permitió que girara la cabeza para que le entrara aire por la nariz, pero le tapo la boca con una mano. Zara se obligó a relajarse. Estaba segura de que el príncipe

Rafi y Gordon acabarían atrapando al bandido; lo más probable es que ya la estuvieran buscando.

Ensimismada en tal esperanza, no se dio cuenta de cuándo dejaron atrás la arena

del desierto y llegaron a una superficie rocosa. Sabia que habían ido hacia el este, y ahora avanzaban hacia el noroeste.

A la izquierda, en algún lugar del cielo, oyeron el ruido de un helicóptero. Zara no podía separar la cabeza del pecho del bandido, pero notaba una luz que, lo más probable; provendría del helicóptero. ¡Si pudiera dejar algún rastro de su paso por allí!, algo que brillara...

Entonces recordó que sus sandalias eran Lloradas. Una tira las mantenía atadas a los pies. Poco a poco, disimulando para que el bandido no la sorprendiera, logró descalzarse y dejó caer una de las sandalias. No miró atrás, ni siquiera se fijó en cómo había caído. Unos pocos kilómetros después, repitió la operación con la segunda de las sandalias.

El helicóptero se dirigía hacia el este, siguiendo la dirección inicial del caballo. A juzgar por el ruido, se estaba alejando de ellos:

-No te oirán aunque grites -le dijo entonces el bandido, tras quitarle la mano de la boca.

-¿Adónde me llevas? -preguntó Zara tras acomodarse la túnica honorífica y cambiar de posición sobre el caballo.

A mi campamento.

-¿No está al otro lado del río?

El bandido la miró y la luz de la luna iluminó su rostro. Zara se quedó sin aliento:

-¿Te pareces al príncipe Rafi? -exclamó. -¿Ah sí? -rió el hombre.

-¿Quién eres? -preguntó Zara, asustada. -Soy Jalal el Bandido, el nieto del gran Selim.

-¿Quién...?

-No gastes saliva preguntándome -la interrumpió él-. No pienso contestar y tenemos un largo camino por delante.

No había exagerado. Zara había perdido la noción del tiempo. Nunca había montado más de una hora a caballo y el trayecto se le estaba haciendo eterno.

-Tengo que vendarte los ojos -le dijo entonces Jalal, al tiempo que se quitaba el pañuelo que le rodeaba la cabeza-. Tápatelos -le ordenó.

Debían de hallarse cerca de algún sitio que ella podría identificar. Y el hecho de que la forzara a vendarse, le hizo concebir esperanzas de seguir viva: ¿qué más le daba, mi no, que viera dónde estaban?

Lanzó uña última mirada en alrededor, tratando de memorizar el lugar, y se colocó el pañuelo en torno a la cabeza. Delante había una montaña rocosa. Le pareció oír el ruido lejano del agua, pero el desierto estaba lleno de sombras a la luz de la luna y no logró divisar ningún río o cascada.

Una ráfaga de viento sopló de repente y estuvo a punto de quitarle la túnica honorífica. Zara pensó que era la mejor señal que podía dejar de su paso por allí. Si lograba tirarla sin que Jalal se diera cuenta... y el viento no la enterraba luego... y si los habitantes de allí no lo encontraban antes que el príncipe Rafi... Tenía que intentarlo.

A ciegas, lentamente, fue sacándose una y otra manga hasta sacársela por completo. Luego, cuando el caballo redujo la velocidad, justo antes de entrar en una especie de cueva, la soltó...

-Agacha la cabeza -le ordenó Jalal.

Tras ellos, la bata dorada brilló un segundo a la luz de la luna y cayó sobre la arena del desierto.

Rafi corrió al helicóptero y comprobó frustrado que Ammar había cerrado la puerta con llave. Corrió de vuelta a la tienda y llamó a los acompañantes, los cuales salieron alarmados, seguidos por el grupo de arqueólogos.

Rafi los informó de lo que había ocurrido y pidió a sus hombres que se distribuyeran en distintos vehículos para iniciar la persecución.

-Galopó hacia el este hasta que lo perdí de vista -dijo-. Pero no es idiota. Habrá cambiado de dirección en algún momento -añadió, para dirigirse a continuación al helicóptero, seguido por Arif y Ammar.

-¿Vamos a su campamento o seguimos las huellas del caballo? - preguntó Arif mientras Ammar arrancaba el helicóptero. -Seguimos las huellas.

-Su campamento está al otro lado del río, ¿no? -preguntó Ammar mientras encendía un foco y miraban hacia abajo-. Sólo puede cruzarlo a través del puente. ¿Vamos allá, Su Alteza?

-No podemos estar seguros de que vaya a llevarla a su campamento - murmuró Rafi, disgustado-. Dile a Haroun que vaya él al puente - añadió, apuntando hacia el sistema de radio del helicóptero. Se negaba a pensar en qué estado se encontraría Zara, ni cuánto tiempo la retendrían si no caza-han a Jalal esa misma noche.

El aire estaba húmedo. Estaban bajando tina ligera pendiente. Zara aguzó el oído tratando de registrar cualquier sonido que ludiera serle de utilidad. ¿Era una cueva? En tal caso, debía de ser muy grande. Pensó entonces que quizá fuera a ser su prisión y sintió un escalofrío por la espalda.

Minutos más tarde, la humedad desapareció y comenzaron a ascender, hasta que el aballo se detuvo y se oyó una voz.

Jalal saludó, la voz respondió y, a través del pañuelo que le vendaba los ojos, notó un destello de luz. Luego la bajaron del caballo y se la llevaron.

No gritó ni se resistió. Pensó que no debía darles ningún motivo para enfadarse con ella. Bastante complicada era ya su situación...

Rafi maldijo. Nunca más compraría un helicóptero sin infrarrojos. Sólo contaban con un débil foco y tenían que explorar todo el desierto. Llamaron por radio a un campamento vecino para que enviaran refuerzos, pero en el fondo sabía que ya era inútil. Habían dado demasiado tiempo a Jalal y éste no era tan tonto como para pasarse toda la noche a caballo con una mujer cautiva a cuestas.

Entonces llegaron a una superficie rocosa y las huellas del caballo desaparecieron. Rafi comprendió que sería imposible localizarla esa noche y, al amanecer, tras regresar a palacio y ordenar que la búsqueda prosiguiera, se quedó a solas en su estudio, pensando en lo que Jalal le pediría a cambio del rescate de Zara.

Pero antes debía avisar a sus hermanos.

-¡Tiene buen gusto! -exclamó el bandido mientras se mesaba su negra barba.

-El príncipe no me ha elegido para nada -repuso Zara-. Soy miembro de un equipo de arqueólogos canadiense y te aseguro que el gobierno de mi país...

-Nos enteramos de que el príncipe Rafi se había enamorado de una mujer a la que había visto bañándose bajo una cascada -la interrumpió Jalal-. No niegues que eres tú: es evidente que eres hermosa.

Estaban en un paraje extraño, rodeado de rocas y ruinas antiguas; pero el fuego no la dejaba ver con claridad. Sabía que había gente a cierta distancia, moviéndose de un lado para otro con normalidad. ¿Dónde podrá estar?

-Hemos encontrado la ciudad perdida de Alejandro Magno y el príncipe nos ha dado una cena en agradecimiento. Pero no ha mostrado el menor interés por mí -insistió Zara, la cual no comprendía el enorme parecido entre Rafi y el bandido.

-Si eso es verdad, lo siento por ti -respondió éste.

Capítulo Cinco

De Jalal Aziz a Su Alteza Rafi Jehangir tengo a su mujer. No le sucederá nada si Su Alteza y sus hermanos Omar y Karim aceptan reunirse conmigo y escuchar mis demandas.

-¡Yo tengo la culpa! -se lamentó Rafi. El príncipe Karim y el príncipe Omar habían llegado para formar un consejo de guerra-. Debería haber montado guardia delante del campamento.

-Cierto -dijo Omar-. ¿Por qué no lo hiciste?

-Porque estaba hechizado por los rizos negros de esa mujer -explicó Rafi.

-Ya hemos oído. Volviste de un paseo a caballo y movilizaste a todo el palacio para organizar un banquete en el desierto. Se dice que viste a una mujer bañándose en una cascada y que perdiste el juicio.

-Las noticias vuelan -dijo Rafi.

-Cuando un príncipe pierde la cabeza, siempre hay alguien con un teléfono a mano.

-Bueno, no lo niego. La he encontrado y ahora, por culpa mía, está en peligro.
-Tranquilo. Todo saldrá bien -aseguró Omar. Habían convenido que no podían acceder a las exigencias de Jalal, pues sería visto como un signo de debilidad-. Admito que tenía la esperanza de casarme antes de enfrentarme a Jalal; pero lo primero es lo primero -añadió.

-¿Sabemos dónde la ha llevado?

-Tengo a la mitad de mis hombres registrando el desierto en busca de alguna pista. Una cosa es segura: está a este lado del río; no ha cruzado el puente Dar al Jenoub. Llegamos allí antes de que él pudiera recorrer tanta distancia. Y ahora que

vuestros hombres están vigilando los otros puentes... y no ha habido ningún vuelo imprevisto en la zona.

-Así que tiene un escondite en Barakat Oriental.

-Y sólo hay una forma de averiguar su paradero -dijo Rafi, ante la atenta mirada de sus hermanos-. Tenemos que infiltrar a alguien en el campamento de Jalal en busca de alguna pista.

-Sí, es buena idea -reconoció Karim.

-¿A quién piensas mandar? -preguntó Omar.

-A mí mismo.

De Su Alteza Rafi Jehangir, príncipe de Barakat Oriental, al bandido jalal: no te ofrecemos nada ni accedemos a demanda alguna. Te instamos a liberar a tu rehén de inmediato. Recuerda la Espada de Rostam.

Zara levantó el vaso y comprobó, por tercera vez en cinco minutos, que aún no había agua.

«Si algo enseña estar confinada a solas es lo irracional que puede ser la mente humana», pensó. No había agua y, por mucha sed que tuviera, no la habría hasta que la mujer que la cuidaba le llenara el vaso. Aunque tampoco ayudaba que, según sus cálculos, la mujer se estuviera retrasando. Iba todos los días, una vez por la mañana y otra por la tarde, para llevarle un poco de agua y comida, y limpiarle la letrina. Por lo demás, estaba totalmente aislada.

La mujer no hablaba francés ni inglés, y el conocimiento de árabe de Zara no alcanzaba para desenvolverse en aquella situación.

La disgustaba no poder olvidarse de lo incómoda que se encontraba. Llevaba tres días con el mismo vestido y se sentía sucia. Tenía el pelo revuelto y la piel le sudaba.

Su celda carecía de puerta, estaba vacía y destartalada. Sólo le habían dado una manta gruesa, que debía emplear como colchón y abrigo al mismo tiempo.

Lo peor de todo era la cadena que, sujeta por un extremo a la pared y por el otro a uno de sus tobillos, sólo le permitía dar unos pocos pasos, lo justo para taparse con la manta y poder acercarse a la letrina.

De pronto, sin oírlo llegar, apareció un hombre frente a la puerta de la celda, con el rostro cubierto por un pañuelo. Zara se quedó sin aliento, aterrorizada. El bandido le había prometido que sólo trataría con mujeres y que no debía temer por su virtud...

-¡Alhamdolillah! -saludó el hombre tras entrar en la celda. Se acercó a Zara y, al intuir que ésta iba a gritar, le tapó la boca con una mano-. Tranquila, soy yo -añadió mientras se retiraba el pañuelo de la cabeza.

¡El príncipe Rafi! Zara se quedó desolada. Si era prisionera del mismísimo príncipe, ya sí que no habría esperanzas de ser liberada.

-Siento haberte asustado -prosiguió él, acariciándola con ternura-. ¡Gracias a Dios que te he encontrado! ¿Estás bien?, ¿cómo te han tratado?

-Apártate -espetó Zara-. ¿Acaso crees que me vas a engañar?

-Yo no te estoy engañando -replicó él-. ¿Qué estás pensando, Zara?

-El hombre que me secuestró no es Jalal -dijo Zara-. Deberías haberte buscado un secuestrador que se pareciese menos a ti, Alteza. ¿Quién es en realidad?, ¿uno de tus hermanos? ¿Qué se supone que debo hacer ahora?, ¿desmayarme en tus brazos aliviada por mi rescate?, ¿o da igual cómo reaccione? -añadió, confundida.

-Bebe un poco -dijo el príncipe, al tiempo que sacaba una cantimplora-. Y come. Estás delirando después de tres días encerrada.

-¿Cómo te atreves a ofrecerme nada? ¡Déjame!

-¿Eres tú, Khanum? -preguntaron en el pasillo. El príncipe Rafi se quedó helado. -Si me descubren, estamos perdidos -susurró éste, al tiempo que se escondía en la celda de al lado, a la que se accedía por una enorme grieta de la pared.

Su reacción fue tan instintiva que Zara comprendió que Rafi había ido a salvarla de verdad.

-¡Quiero agua! -gritó ella-. ¡Me muero de sed!

La mujer que la atendía entró en la celda con una jarra, demasiado pequeña para lo seca que tenía la garganta Zara. Quizá Jalal le había ordenado racionarle la bebida.

Zara se bebió el vaso de un trago y la mujer volvió a llenarlo con el agua que quedaba en la jarra. Luego le dio un pedazo de pan, agarró el cubo que hacía las veces de letrina y se marchó en silencio.

-¿Sigues ahí? -susurró Zara mientras mordisqueaba el pan-. No es como cenar en tu campamento, pero es mejor que morirse de hambre - añadió, después de que el príncipe reapareciese.

-Mucho mejor -convino él-. Lamento que te hayas visto envuelta en esta situación. Deberíamos habernos ocupado de ese canalla hace mucho. Mi hermano Omar me lo advirtió hace unos años y no le hice caso. Estás aquí por culpa mía y yo te voy sacar... ¿Sólo te vigila esa mujer? -añadió mientras miraba hacia afuera con cuidado.

-Yo no he visto a nadie más -contestó Zara-. Vendrá en seguida con... con mi cubo. Tienes que esconderte.

El príncipe obedeció, dejó que la mujer regresara con el cubo y, una vez se hubo marchado, volvió junto a Zara, a la cual le ofreció de nuevo la cantimplora.

-¡Qué rica! -exclamó.

-Dátiles -dijo entonces el príncipe, al tiempo que sacaba un puñado de un bolsillo.

-Gracias -contestó Zara, conmovida-. Gracias por venir -agregó con lágrimas en los ojos.

Nunca había imaginado lo cruel que era hallarse incomunicada, carecer del calor y el afecto de los seres queridos, recibir su cariño.

El príncipe no necesitó que se lo pidiera. La estrechó entre los brazos y le acarició el pelo mientras ella rompía a llorar.

-Llora, cariño -la consoló-. Llora primero y luego discutiremos el futuro.

Zara sollozó contra el cuerpo del príncipe, tratando de desahogarse por todo el miedo y la angustia que había pasado.

-Si te ha hecho daño, te aseguro que recibirá un castigo diez veces más duro -le

prometió él con rabia, realmente dispuesto a matar al bandido.

-No, dijo que no me haría daño y no he visto a ningún hombre en todo el tiempo -lo tranquilizó Zara-. Por favor, no lo mates por mí...

-Cariño, no puedo jurarte eso -repuso el príncipe, que siguió acariciándola hasta que Zara dejó de llorar-. Tenemos que hablar: cada segundo es precioso; cuéntame todo lo que sepas: ¿cómo te trajo hasta aquí? Pensábamos que aún estabais del otro lado del río.

-¿Qué quieres decir?, ¿de qué lado del río estoy?

-Estamos en Barakat Central, en tierra de mi hermano Omar. ¿No notaste que cruzabas el río?

-No...

-¿Te dieron algún tipo de droga para dormirte?

-No que yo sepa. En cualquier caso, no mientras me traía a caballo. Llegamos aquí sin hacer una sola parada.

-¿Cuánto tiempo cabalgasteis? -Horas. Perdí la cuenta.

-¿Cabalgasteis durante horas y llegasteis aquí sin cruzar el río?

-Sí, después de varias horas me obligó a vendarme los ojos. Tuve la sensación de que me llevaba por una cueva, o algo así. Había mucha humedad. Había algunas goteras y se oía soplar el viento a lo lejos. Luego llegamos a una luz, oí voces y al poco trie encerraron en esta celda. Estaba amaneciendo.

-No lo entiendo -el príncipe Rafi frunció el ceño-. ¿Qué recuerdas del sitio por dónde pasasteis antes de que te vendaran? -¡Lo olvidaba! Tiré... tiré la preciosa túnica dorada que me regalaste justo antes de entrar en la cueva. Pensé que la veríais con el foco del helicóptero. Lo siento -respondió Zara.

-No hay por qué, fue una idea muy buena -repuso él-. Tenemos que enviar a nuestros hombres para que la encuentren y resuelvan este misterio.

-También tiré las sandalias. Creo que vi unas rocas a lo lejos antes de tener los ojos vendados, y se oía el correr del agua - recordó Zara.

-¿Algo más, cariño? Tengo que irme en seguida.

-¿Sabes que Jalal y tú sois muy parecidos? -preguntó entonces ella.

-No, aunque lo has dicho hace poco. ¿Nos parecemos mucho? -preguntó el príncipe Rafi. Zara vaciló y pensó que quizá sólo la estaban intentando desorientar-. Confía en mí, por favor. Soy tu marido. Entre tú y yo no puede haber lugar para la duda -añadió, adivinando el temor de su esposa.

Capítulo Seis

-¿De qué estás hablando? -preguntó Zara con un hilillo de voz.

-¿No lo has sentido?, ¿todavía no lo sabes? -replicó el príncipe. Ella se quedó muda, totalmente desorientada-. Yo lo supe desde el momento en que te vi. Mi padre también lo supo de golpe, nada más ver a mi madrastra. Vio su destino igual que yo he

visto el mío. Es normal que tú no lo sientas aquí, encarcelada, pero no te pasó inadvertido durante la cena aquella noche, ¿me equivoco? -añadió, sonriente.

-Si de verdad me amaras, no tratarías de aprovecharte de esta situación.

-Tienes razón -aceptó él, dolido-. Ahora tengo que irme -añadió, pesaroso. -¿Cómo has entrado? -preguntó Zara, aún desconfiada.

-Detuvimos el camión de un hombre que trae alimentos a las huestes de Jalal -explicó el príncipe-. Tomamos a su hermano de rehén y entré en el palacio haciéndome pasar por él.

-¿Por qué?

-Para averiguar dónde estabas. Esperaba que alguien dijera dónde te habían llevado -respondió Rafi-. Cuando oí a una mujer que le iba a dar un poco de agua a la prisionera, supuse que serías tú... Mis hermanos me están esperando en el desierto con el rehén. No pierdas la esperanza. No tardaremos en rescatarte -añadió.

-¿Te vas? -preguntó Zara, desesperada. -Te juro que volveré -susurró Rafi, conmovido. Fue su primer beso y los dos sintieron la llamarada que los unió. Rafi sonrió y luego le besó una mano-. Volveré pronto, querida.

-¡El túnel! ¡El túnel de la reina Halimah! -exclamó Omar-. ¿Es posible? Eso explicaría por qué no servía de nada que mis hombres hicieran guardia. Entraban por el túnel.

-Siempre he pensado que esa historia era un mito -dijo Karim-. Todas las ruinas se le atribuyen a la reina Halimah.

-El hecho de que se haya convertido en una leyenda no implica que no haya algo de verdad en las historias. Zara no atravesó ninguna puente y está al otro lado del río. ¿Cómo hizo para llegar allí?

-Una mujer vendada y secuestrada no está en plenas facultades mentales -repuso Karim con tacto.

-Zara estaba totalmente lúcida -la defendió Rafi-. Dijo que no pasó por ningún puente y la creo. Además, lo contrario supondría que estaba drogada y que nuestros soldados no vigilaron bien los puentes. Es evidente que Jalal ha descubierto un túnel.

-Estoy de acuerdo. Mira la excavación. Tu arqueólogo es el primero que se ha tomado en serio lo del cambio del curso del río y como consecuencia ha descubierto la ciudad perdida de Iskandiyar- intervino Omar-. Y existe una relación directa, ¿no? Porque, según la leyenda, cambiaron el curso del río para construir un túnel debajo.

-Exacto -reforzó Rafi.

-Tenemos que ver a Gordon -prosiguió Omar-. Seguro que tiene fotografías aéreas de toda la zona, de cuando estaba buscando Iskandiyar. Quizá descubramos algo.

-También contamos con la ayuda de Zara -dijo Rafi, para referirles a continuación lo de la túnica dorada-. Quiero que nuestros hombres busquen esa túnica.

-Estará cubierta de arena... si no se la ha llevado ya el viento - objetó Karim-. Han pasado cuatro días.

-La encontrarán en algún lugar -insistió Rafi con tranquilidad.

-¿Y qué vas a hacer mientras tanto? -preguntó Omar.

Volver al campamento de jalal.

-No puedes hacer eso -replicó Omar, sorprendido.

-¡Estás loco, Rafi! -se unió Karim-. ¿Qué pasaría si te detienen a ti también?

-No tengo intención de que me encierren. Zara está sola en un lugar sin vigilancia y hay muchos sitios donde esconderse.

-Sigo pensando que deberíamos entrar con los tanques y destrozar la puerta principal -comentó Karim.

-Zara está atada a una pared con una cadena. Si se produce un desprendimiento, no podría escapar -dijo Rafi-. Voy a liberarla antes de que intentemos arrasar el sitio.

-¡Está loco! -exclamó Karim, dirigiéndose a Omar-. ¿No crees que está loco? No podemos dejar que lo haga.

-Es su mujer, Karim -Omar se encogió de hombros-. ¿Qué estarías diciendo si fuese Caroline la que estuviera secuestrada?

Karim abrió la boca para hablar, se detuvo un segundo a pensar y bajó la cabeza resignado.

-No hay tiempo para discutir -dijo Rafi-. Tenemos que organizarnos. Quiero volver con un equipo y alimentos. Tenemos que planear cómo voy a entrar, y prever planes alternativos, y trazar un sistema de comunicación por señales -concluyó.

Vivía en perpetua sombra. La luz de la celda era muy tenue y sólo entraba algún rayo de sol proveniente del pasillo exterior. Cuando oscurecía, Zara se tumbaba a esperar el nuevo día, sabedora de que no vería más luz hasta entonces.

Estaba abrumada por una oleada de sentimientos contradictorios. A veces amaba a Itafi con tal intensidad que le dolía; pero otras sospechaba del parecido tan increíble entre el príncipe y Jalal. Además, ¿cómo había dado con su celda? Rafi aseguraba que había oído decir a la mujer que le iba a llevar el agua a la prisionera, pero él había llegado antes que la mujer...

¿Regresaría a salvarla, o había sido un engaño? Yen caso de que volviera, ¿debía confiar en él?

Finalmente, se abrigó con la sucia manta y se quedó dormida. Como de costumbre, se despertó por la noche. Por lo general, era el hambre y la sed lo que interrumpía su sueño, pero, en esa ocasión, le pareció oír algo extraño:

-Rafi, ¿eres tú?

Y, de pronto, se oyó una explosión, varios disparos, gritos, chillidos y más disparos. Durante varios minutos, el corazón le latió frenéticamente, atenta a los ruidos del ataque. ¿Y si se mataban todos entre sí y ella acababa muriéndose de hambre abandonada?, ¿quiénes estaban atacando?, ¿cómo la tratarían si la encotraban?

Entonces, con la misma rapidez con que había empezado el caos, llegó el silencio. Zara se puso de pie. Sólo podía oír los latidos angustiados de su corazón. ¿Qué habría ocurrido afuera?, ¿debía pedir auxilio o permanecer callada?

Vio el reflejo de una luz lejana en el pasillo y aguardó en vilo. Nunca la había ido

a ver nadie por la noche. Segundos después, iluminado su rostro por una linterna, apareció Jalal:

-¿Estás bien?

-¿Qué... qué ha pasado? -preguntó aterrada.

-No ha sido nada; sólo una pequeña escaramuza -repuso el bandido, mirándola a los ojos fijamente-. Puede que fuera algún clan del desierto... o quizá fuera tu amante, el príncipe. Quizá quería probar nuestro arsenal y capacidad de reacción.

-O quizá ha puesto una bomba en el campamento y explotará en el momento más inesperado -espetó Zara con fiereza, a pesar de sentirse como un ratoncillo indefenso, atrapado en una jaula.

-No tengas miedo de mí -le dijo Jalal de repente-. Aquí no corres peligro. Mis hombres me obedecen siempre.

-Entonces, ¿por qué me tienes encerrada?

-Eres el cebo para atraer a los príncipes de Barakat. Estoy seguro de que vendrán a buscarte.

-Y yo estoy segura de que vendrán y te matarán.

-No pueden matarme -repuso el bandido con aplomo.

-¿Ah, no?, ¿y qué te hace tan invencible? -Pregúntaselo a tu amante la próxima vez que lo veas -contestó Jalal, sonriente-. Él te lo dirá... ¿Tienes agua, comida?

-Sí... -asintió Zara, extrañada por aquel brusco cambio de conversación.

-Perfecto.

Y, para su sorpresa, el bandido hizo una reverencia y se marchó.

No tenía sentido acostarse. Estaba demasiado nerviosa como para conciliar el sueño. Se sentó, de nuevo a oscuras, y deseó que Jalal le hubiera dejado la linterna.

Y, como si tal deseo le hubiera provocado una alucinación, vio un destello de luz; pero en vez de provenir del pasillo, procedía de la grieta de la pared que daba a la celda contigua.

Capítulo Siete

-¡Príncipe Rafi! -susurró Zara, al tiempo que se lanzaba a sus brazos. La cadena le impidió avanzar como quería y la desequilibró, pero él dejó caer la vela y la estrechó contra su pecho.

Luego se besaron con fiereza y Zara sintió ganas de llorar y reír al mismo tiempo, convencida de que por fin habían acabado sus desgracias.

-Querida -susurró el príncipe-. Querida mía.

La vela arrojó un último destello sobre el suelo polvoriento y se apagó, rompiendo al instante el embrujo del momento. Zara se apartó, de nuevo recelosa, y consideró la posibilidad de que todo siguiera formando parte de un plan para volverla loca. Había leído que los cautivos se enamoraban en ocasiones de sus secuestradores y tenía miedo de estar perdiendo el juicio.

Rafi no intentó retenerla. Se agachó a recoger la vela a tientas, encendió un mechero y de nuevo se hizo la luz.

-¡Qué maravilla poder ver! -exclamó Zara, emocionada hasta tal extremo, que a punto estuvo de romper a llorar.

-Sentémonos -propuso Rafi mientras colocaba la vela sobre la manta de Zara.

-Has vuelto -susurró ésta, aún confundida-. ¿Cómo lo has hecho?, ¿han sido tus hombres los que han atacado el campamento?

-Los de mi hermanos.

-¿Tus hermanos?, ¿habéis venido los tres? -preguntó Zara-. ¿Y si os hubieran matado a todos?

-No era probable. En cualquier caso, casi todo el ruido han sido tracas y explosiones artificiales -repuso el príncipe mientras ambos tomaban asiento-. Sólo queríamos armar un poco de escándalo, para distraer a los secuaces de Jalal y colarme sin que se dieran cuenta.

Zara aspiró el olor a jabón y loción de afeitar de Rafi y se avergonzó de su propia falta de higiene:

-Estoy muy sucia. Sé que huelo fatal y que mi pelo está revuelto... ¿ojalá tuviera un peine por lo menos!

-Tu aroma me embriaga y tu cabello es hermoso como el sol -aseguró Rafi, al tiempo que introducía una mano en el bolsillo de sus vaqueros negros-. Pero ya que eres infeliz... -añadió mientras le ofrecía una cajita aterciopelada.

-¿Qué es?

-Es para ti, tómala.

Zara la tomó, maravillada por la suavidad del terciopelo. La abrió y encontró un anillo; un anillo de ensueño, con una enorme esmeralda verde, rodeada de diamantes, rubíes y zafiros titilantes.

-Oooooh -exhaló Zara, incapaz de articular palabra-. Es precioso...

-Es un anillo mágico -dijo Rafi-. Frótalo, pide un deseo y el anillo te lo concederá.
-¿De verdad? -preguntó Zara con una sonrisa infantil-. ¿Puedo pedir lo que quiera? ¿Y si pido la libertad?

Algunos deseos tardan mas que otros en cumplirse, pero todos te serán concedidos -aseguró el príncipe-. Vamos, póntelo y pide un deseo.

-¿Qué pasará después de que lo frote? -preguntó ella tras ponerse el anillo en el dedo corazón-. ¿Aparecerá un genio?

-El genio ya está aquí -Rafi hizo una reverencia-. Frota el anillo, cierra los ojos y pídeme tu deseo -insistió.

-De acuerdo -aceptó Zara, sonriente-. ¡Deseo que aparezca un peine¡

-¡Abracadabra! -pronunció Rafi, moviendo los brazos en el aire-. Ya puedes abrir los ojos.

-¡Tienes uno! -exclamó ella, al ver un peine sobre la mano del príncipe-. ¿Cómo lo sabías?

-Es el anillo-respondió Rafi con voz amorosa-. Yo no sabía nada. ¿Quieres que te

peine y te cuente un cuento mientras tanto?

Zara suspiró, le devolvió el peine y se estremeció al notar las manos del príncipe sobre su cabello. ¡Cómo la habían transformado aquellos días! En esos momentos, si tuviera que elegir entre recuperar la libertad y no volver a verlo, permanecería eternamente encerrada junto a él.

-¡Sí, cuéntame un cuento!

-Está bien, allá va: érase una vez, hace mucho tiempo, vivía un rey llamado Mahmoud de Ghazna. El rey tenía una esclava turca muy bella, Ayaz, cuyo cabello era largo y rizado y le caía sobre la espalda como un millar de narcisos negros -arrancó Rafi con un tono tan hipnótico, que Zara no supo si estaba hablando en presente o del pasado-. El rey no podía mezclarse con las esclavas; lo sabía y se forzaba por obedecer la Ley. Pero una noche, el rey bebió más de lo normal y, al ver los negros rizos de Ayaz, el deseó lo asaltó. Entonces se acercó a la esclava y le dijo que su cabello lo apartaba del camino de la virtud, le entregó un cuchillo y le pidió que se lo cortara para que dejase de tentarlo... Ayaz, tan obediente como hermosa, tomó el cuchillo y se cortó el cabello hasta dejarlo la mitad de largo. El rey alabó el sacrificio de la esclava, bebió una copa más de vino y se quedó dormido... Pero a la mañana siguiente, al ver a la esclava sin sus bellos rizos, se sintió desgraciado y furioso consigo mismo por haber dado aquella orden. Se hundió en una depresión y no dejó que nadie se lo acercara.

-¿Y qué pasó entonces? -quiso saber Zara.

-Sus acompañantes comenzaron a preocuparse, pues un rey infeliz podía suponer un riesgo para su país. Se preguntaron qué podían hacer para devolverle la alegría y, finalmente, decidieron visitar al gran poeta Unsuri, al que le rogaron que compusiera un poema y se lo recitara al rey.

-¿Cómo era el poema? -preguntó Zara. El príncipe se lo recitó, en árabe, con una voz rítmica y hechizante, no muy distinta a la de Motreb durante la noche del banquete-. ¡Qué bien suena! No sé lo que significa, pero me hace sentir mejor -añadió tras haberlo oído.

-Literalmente significa que quizá sea un crimen haber cortado unos pocos rizos de una mujer tan bella, pero que aquella melancolía carecía de sentido; el rey debía pedir vino y recobrar la alegría, pues hasta los cipreses eran más bellos después de haber sido podados.

Zara arrugó la nariz, un poco decepcionada, y Rafi advirtió su desencanto.

-Es verdad, el poema tiene mucho más en-canto si no se traduce - aseguró el príncipe-. Aunque un poeta moderno lo ha traducido recientemente con más acierto que yo. ¿Quieres que te lo recite? - le preguntó a continuación. Y, después de que Zara asintiera, dio paso a la traducción del poema con voz profunda y conmovedora, sin dejar de desenredarle el cabello en ningún momento.

-Es... maravilloso -susurró ella cuando Rafi hubo terminado.

-Sí -dijo éste.

-Tú... ¿quieres que me corte el pelo? -preguntó entonces ella.

-¡Ni hablar! -exclamó Rafi mientras hundía las manos en el cabello de Zara.

-¿No te aparta del camino de la virtud? -Tu pelo me tienta, sí -dijo Rafi mientras la rodeaba por la cintura-. Despierta mi deseo, como muchas otras cosas tuyas. Pero tú no eres una esclava y nada me prohíbe estar contigo. De hecho, quiero casarme contigo. Ya lo sabes, te lo había dicho.

Zara se quedó en silencio y ambos permanecieron callados, sentados y agarrándose las manos, hasta que ella bostezó.

-Duerme -le recomendó el príncipe. -¿Es muy tarde?

-Mucho, casi las tres.

Se sorprendió. Había creído que sería alrededor de medianoche. Sentía que podía seguir hablando con el príncipe durante horas, pero sabía que éste tendría que marcharse de nuevo antes de que amaneciese: -¿Cómo vas a salir?

-Saldré cuando puedas venir conmigo. Para eso tengo que localizar el túnel que conecta este campamento con el otro lado del río. Luego seguiremos un plan que he preparado con mis hermanos.

-¡Pero no puedes quedarte aquí!, ¡Jalal te atrapará!

-Ya aprenderás a tener fe en tu marido -repuso Rafi, sonriente-. Y ahora, pide otro deseo antes de dormirte.

-¿De verdad?

-¿Qué es lo que más deseas? -¡Un cepillo de dientes!

-Te será concedido, ¿algo más? -preguntó Rafi, para asombro de ella-. ¿No quieres una cama más blanda?

-¿Qué? No es posible...

-¿Es que no entiendes que yo soy tu genio? ¿Quieres una cama más blanda?

-Sí -respondió Zara despacio.

-Entonces cierra los ojos, frota el anillo y pide un deseo. No los abras hasta que yo te lo diga.

-Deseo una cama más blanda -susurró Zara tras cerrar los ojos.

-Ya puedes abrirlos -dijo el príncipe, tras regresar de la celda paralela segundos más tarde.

Zara contuvo el aliento. Rafi estaba de pie, frente a ella; le entregó un paquete pequeño y luego desenrolló un saco de dormir, de plumas, del mismo color que el suelo, para que pasara inadvertido.

-¡No puedo creerlo! Y esto... -Zara abrió el paquetito y encontró un cepillo de dientes y un tubito de crema dentífrica-. Realmente eres un genio.

Rafi terminó de acomodar el saco de dormir y Zara, a instancias del príncipe, se introdujo en él.

-¡Qué gozada! -exclamó Zara-. Pero... ¿dónde vas a dormir tú?

-En la pieza de al lado. Es demasiado arriesgado quedarme contigo.

-¿Y si alguien va a esa celda?

-La puerta es un montón de cascotes. Mañana pondré unas cuantas hileras más para que no se me vea. Esta noche vigilaré. Estoy armado y mis hombres están esperando en el desierto a que haga alguna se-rial. Puedes dormir tranquila, querida

-añadió, sonriéndole con la mirada.

Estaba secuestrada en la fortaleza de un bandido, pero nunca se había sentido tan protegida y amada en su vida. Zara sonrió al príncipe y, de pronto, el sueño le hizo cerrar los ojos:

-Buenas noches -se despidió. Y luego, después de que Rafi se marchara a la celda contigua, volvió a frotar el anillo-. Por favor, que no le pase nada -susurró. Y un segundo más tarde, ya estaba dormida.

Capítulo Ocho

Había un agujero en lo alto del pasillo que dejaba pasar la luz del sol unos pocos minutos cada mañana. Zara había trasladado su cama a ese rincón para despertar con aquellos rayos bienvenidos. Abrió los ojos, se acordó del maravilloso encuentro de la noche anterior con Rafi y sonrió.

Había dormido bien. Levantó la mano en un movimiento repentino y comprobó que, en efecto, el anillo seguía en su dedo corazón. Extendió el brazo de modo que la esmeralda reluciese con el sol. Era preciosa y debía valer una fortuna.

Zara se incorporó y llamó al príncipe con un susurro, pero éste no contestó. ¿Dónde estaría?, se preguntó nerviosa. ¿Dónde podía estar?

Aprovechó su ausencia, en cualquier caso, para utilizar la letrina. Luego alcanzó el vaso de agua que le había llevado la mujer la noche anterior, se lavó los dientes y se maravilló del placer de algo tan simple como la higiene.

Luego se sentó sobre el saco de dormir de camuflaje y jugó con el anillo hasta que el sol cambió de posición y desapareció. Entonces, para entretenerse, no fuera a ser que la mujer que la vigilaba tuviera una vista muy aguda, cubrió el saco de dormir con la manta lo mejor que pudo.

Se quitó el anillo, lo escondió bajo la manta y se sentó a esperar, como todos los días, tratando de pasar el tiempo recordando la trama de alguna película o pasando revista a sus propios recuerdos, a fin de mantener el miedo alejado.

Pero ese día tenía un motivo más de angustia: ¿dónde estaba el príncipe?, ¿lo habrían detenido por la noche sin que ella se hubiera dado cuenta?

Cuando la mujer apareció finalmente, con otro vaso de agua y otro pedazo de pan, Zara la miró a la cara, pero no advirtió nada extraño en su expresión. La mujer salió con la letrina y regresó con ella limpia. Zara le hizo señas, tratando de preguntarle por el ataque de la noche anterior, y la mujer se movió, simulando el susto que se había llevado con las explosiones. Después, Zara se hizo la muerta y enarcó las cejas interrogativamente, a lo que la mujer respondió, también con mímica, que no había habido muertos, heridos graves ni prisioneros.

Luego extendió las manos hacia Zara y dijo algo que, a pesar de la barrera idiomática, mostraba a las claras que la mujer se compadecía de ella.

Y, de esa forma, dos mujeres aisladas en unas mugrienta celda simpatizaron, a

pesar de las diferencias idiomáticas, raciales, religiosas y políticas.

Después, la mujer recogió el jarro de agua y salió de la celda, pesarosa por dejar a su prisionera atada a la pared como si fuera un animal.

Rafi regresó poco después, tras anunciar su llegada con un suave silbido.

-¡Gracias a Dios! -exclamó Zara-. ¿Dónde has estado?

-¿Estabas preocupada por mí, querida? -preguntó Rafi, con una sonrisa que le derritió los huesos-. Tranquila, estaré a salvo porque nada puede impedirme que te saque de aquí -añadió con firmeza, después de que ella asintiera con la cabeza.

tara metió la mano debajo de la manta, sacó el anillo y volvió a ponérselo.

-¿Has pedido algo más mientras estaba fuera? -le preguntó Rafi. Este adivinó que Zara había rogado que no le ocurriera nada a él y denegó con la cabeza-. Pide sólo por ti mientras estés prisionera. A ver, ¿qué es lo que quieres?

-Una pastilla de jabón y un baño con agua fría -lo desafió Zara, casi creyendo que los hombres de Rafi aparecerían de pronto con una ducha de mármol.

-Tus deseos son órdenes para mí -repuso él, para marchar a continuación a la celda contigua y regresar con una enorme palangana de agua y una pastilla de jabón aromático.

-¡Cómo es posible! -exclamó Zara, entusiasmada . ¿De dónde la has sacado?

-Es la magia del anillo -replicó el genio-. No tienes toalla, pero el aire te secará. ¿Quiere su majestad que el genio la bañe?

Zara no supo por qué le permitió hacerlo. El príncipe se acercó a ella por la espalda, le echó el cabello a un lado con delicadeza y comenzó a bajarle la cremallera del vestido.

Después, Rafi le quitó la prenda y la tiró sobre la manta sin apartar la mirada de Zara, cubierta tan sólo por unas braguitas diminutas.

Los dos miraron a la cadena que llevaba atada al tobillo y pensaron que, con ésta, no podrían desprenderse de las bragitas. Aun así, Zara notó las manos de Rafi en el elástico de la cintura y contuvo la respiración.

Entonces, con la frialdad de un sirviente, desgarró las bragas, la dio media vuelta y miró sus pechos turgentes con ojos negros de pasión.

-Cuando te lleve a mi palacio, podrás darte un baño de verdad -le dijo con voz ronca. Luego se agachó a la palangana, mojó una esponja que también había llevado y la restregó con jabón.

-¿El palacio tiene todos los adelantos de las instalaciones occidentales? -preguntó Zara.

-Puede que en Occidente, los baños sean algo moderno; pero el hamam es parte esencial de mi palacio desde hace siglos, querida.

-Perdona mi arrogancia -dijo ella, ruborizada mientras el príncipe le limpiaba la cara, la barbilla, el cuello...

-¿Quieres que te describa el baño del que disfrutarás cuando seas mi reina? -le propuso Rafi mientras le rozaba los hombros, los brazos y los antebrazos; los pechos, la espalda...

-¿Es... muy grande? -preguntó Zara, estremecida por el tacto de Rafi.

-Diez veces mayor que esta celda. Todo de mármol y con diseños coloridos, obra de un famoso pintor de mosaicos -respondió el príncipe mientras le limpiaba los dedos uno a uno. Zara no se atrevía a moverse, por miedo a romper el hechizo del momento-. Están decoradas las paredes, el techo y el suelo. Se cuenta que a mi antepasado le gustaba compartir el baño con Hala. Quizá tú y yo nos bañemos allí también juntos. Te contaré las historias que se ilustran en los dibujos... Tu genio te masajeará con cremas suavizantes y geles aromáticos. No te los he traído, porque, si tuvieras aquí todo cuanto deseas, ¿qué te tentaría a ir a mi palacio?

-Me basta el olor de este jabón para sentirme en el cielo -afirmó Zara mientras él le lavaba el sexo con delectación, con un roce íntimo pero no exclusivamente sexual.

-Y cuando te haya masajeado y todo tu cuerpo se relaje, ¿cómo podrás negarte si te intento besar? -preguntó Rafi, con una voz tan sensual como su tacto-. Mete el pie izquierdo en la palangana - agregó entonces, mientras se agachaba. Luego le pasó la esponja por las pantorrillas y los muslos, le limpió la suciedad acumulada entre los dedos del pie, la secó y repitió la operación con la otra pierna.

Jamás pensé que un rey fuera a lavarme los pies -dijo Zara-. ¿No es un poco impropio para tu grandeza?

-Los reyes deben ser serviciales -afirmó Rafi-. Su labor es servir a su pueblo... Y cuando nos casemos, tú también afrontarás esa tarea.

-¿Si soy arqueóloga!

-¿Acaso una arqueólogo no puede serle útil a su pueblo? Quizá construyamos un museo importante o, cuando hayáis terminado de investigar, convirtamos Iskandiyar en una atracción turística que dará trabajo a los hombres del desierto.

-Has estado pensando mucho -dijo Zara con voz trémula.

-¿No es normal que un hombre piense en el futuro de la que va a ser su esposa?, ¿que un rey piense en el bien que su reina puede hacerle al pueblo?

-Tienes muchas tareas -comentó ella-. ¿Alguna más de la que deba estar al corriente?

-Todos los hombres tienen el deber de complacer a sus mujeres en los placeres de la carne -repuso Rafi, sonriente.

-Entonces, ¿toda tu vida es una obligación? -bromeó ella.

-Dios es bondadoso y a algunos placeres los llama obligaciones - respondió el príncipe tras darle un beso en el lateral de una pierna.

-¿De verdad dices en serio que para Dios es una obligación gozar con el sexo? -rió Zara.

-¡Por supuesto!, ¿acaso lo dudas? El Profeta ordenó a sus fieles que el hombre no debía montar sobre las mujeres como si fueran mulas y marcharse dejándolas insatisfechas, sino que debíamos besarnos y acariciarnos -contestó él, sorprendido-. ¿Cómo te sientes, majestad? -agregó, sonriente, cuando hubo terminado de lavarla.

-Muy limpia. Y mimada -agradeció Zara, a la que el aire ya había casi secado-. Supongo que tengo que volver a vestirme -añadió, mirando su sucio vestido con recelo.

-¿Es que todavía no has aprendido a usar tu anillo? -protestó el genio.

-¿En serio?, ¡has... has traído ropa nueva! -Deséalo y lo verás.

-Está bien -Zara cerró los ojos, frotó el anillo y formuló su deseo.

Al abrir los ojos, la palangana, el jabón, la esponja y sus ropas habían desaparecido. Estaba sola en la celda y, por un momento, pensó lo espantoso que sería si Jalal la sorprendiera en ese instante.

Pero Rafi reapareció en seguida, con un montoncito de ropa en una mano. Arriba había un par de braguitas blancas, sujetas por dos tiritas que se ataban en un lateral, lo cual le permitió ponérselas directamente por la cintura, salvando el problema de la

cadena. Luego se puso unos pantalones, con un diseño ingenioso que también se abotonaba lateralmente y, por último, se ajustó una blusa con cuello de pico y mangas largas.

-¡Es justo mi talla! -exclamó Zara-. La mujer que me vigila no se dará cuenta con la oscuridad que hay en la celda... ¿Cómo... dónde has encontrado todo esto?

-Zara, soy un rey -respondió Rafi, con dulzura pero autoridad al mismo tiempo. -Así que basta con que muevas un dedo para que todo el mundo te obedezca, ¿no? -replicó ella, nerviosa, sonriente.

-Si «tú» me obedeces cuando llegue el momento -dijo Rafi, con los ojos negros de pasión-, será más que suficiente.

Capítulo Nueve

Esa noche, tumbado junto a Zara y abrazándola constantemente mientras hablaban, le pidió que fuera ésta la que le contara un cuento.

-Te gustan mucho los cuentos -comentó Zara.

-Es una tradición entre la gente de mi país.

-Está bien, ¿qué puedo contarte? -musitó, tratando de recordar alguna leyenda griega.

-Háblame de tu vida -le pidió Rafi-. Tenemos que ir conociéndonos, recuperar todo el tiempo que no hemos pasado juntos.

-¡Puf! No sé por dónde empezar. -Empieza por la noche en que tu padre le hizo el amor a tu madre - propuso el príncipe con voz de terciopelo-. Y a partir de ahí, cuéntame todo lo que te ha pasado hasta estar entre mis brazos esta noche. Quiero saber cada detalle.

Zara soltó una risilla. Ningún hombre había mostrado nunca tanto interés por ella. -Eso me llevaría toda la vida.

-Toda la vida tenemos por delante -apuntó Rafi.

-¿Qué quieres saber de verdad? -Todo, ya te lo he dicho.

-Está bien -accedió Zara-. Según creo, mis padres llevaban varios años conviviendo cuando empezaron a pensar en tener hijos. -¿Cómo se llaman tus padres?

-Mi madre, Maddy, y mi padre, Brandon. El caso es que lo hablaron y decidieron

que estaban listos para dar el paso. Mi madre dejó de tomar la píldora y esperó seis meses a que el organismo se normalizara. Luego calcularon su fecha de mayor fertilidad y concluyeron que debían hacer el amor durante cinco días seguidos en concreto -arrancó Zara-. Cuando llegó la primera noche, cenaron a la luz de las velas, brindaron con champán por el futuro y luego se desnudaron para hacer el amor. Después, según me dijo mi madre, mientras estaban tumbados en la cama, les entró un ataque de pánico y dijeron que todavía no estaban preparados para ser padres. Así que acordaron esperar y pensársela con un poco más de detenimiento... Pero ya era demasiado tarde, porque mi madre se había quedado embarazada.

-Excelente. Me alegra que fueras tan rápida en ver la ventana de la vida. ¿Cómo nos habríamos conocido si no hubieras estado atenta? -dijo Rafi-. Cuando me los presentes, les daré las gracias a tus padres por haber concebido a una mujer tan maravillosa -añadió sonriente.

Hablaba con tanta confianza, como si estuviera ya escrito que iban a casarse y a vivir juntos, que Zara también sintió ganas de reír.

-No me imagino la cara que pondrán cuando les diga que el príncipe de Barakat Oriental quiere conocerlos -dijo ella, sonriente.

-Eres una mujer extraordinaria y seguro que tus padres han sabido siempre que harías cosas importantes. ¿Por qué los iba a sorprender que un príncipe se enamore de ti?.

Zara no supo qué responder y, a cambio, le preguntó qué había hecho durante el día, antes de regresar a la celda.

-Busqué la entrada al túnel. -¿Qué?, ¡cómo!

-No tengas miedo por mí, Zara. Soy un hombre bendecido por la suerte, siempre ha sido así. He estado examinando esta fortaleza y estoy trazando algunos caminos secretos, por lugares vacíos y abandonados -respondió Rafi-. El edificio es de planta cuadrada. Dentro hay un patio muy grande, habitaciones ocupadas y otras libres. Estoy seguro de que la entrada no está dentro del patio ni de las habitaciones ocupadas, así que sólo puede estar en las que están derruidas o fuera de la fortaleza. ¿Recuerdas algo que pueda darnos una pista?

Zara recordó haber galopado colina abajo y luego colina arriba, pero, ¿cuánto tiempo había pasado hasta oír las voces y notar la luz?

-Me bajaron del caballo poco después de terminar la ascensión - comentó ella-. ¿Pero no sería arriesgado construir un túnel dentro de la fortaleza?

-Depende. Quizá la construyeron cuando el túnel ya estaba enterrado. ¿Cuándo crees que levantaron esta fortaleza?

-Dices que el túnel se le atribuye a la reina Halimah, ¿verdad?

-Sí, aunque hay muchas ruinas que se le atribuyen a ella que no pueden haber sido obra suya.

-Entonces, ¿el túnel puede datar de cualquier época?

-No sabemos nada más que lo que tú nos has contado.

-¿Y la fortaleza de cuándo es?

-La arqueología no es mi fuerte -Rafi se encogió de hombros y sonrió-. En la Sorbona estudié Ciencias Políticas, lo cual no es muy útil en estos momentos.

-¿Estudiaste en la Sorbona? ¡Yo pasé mi año de Erasmus en la Sorbona! -exclamó Zara, asombrada por la coincidencia. Era obvio que se conocían desde hacía poco, pero, de pronto, sintió que había estado unida al príncipe Rafi desde varios años antes-. Entonces, ¿también hablas francés?

-Sí, ¿por qué te sorprende?

-Es que... ojalá yo hablara árabe. No sé más que cinco palabras.

-Dijiste salam aleikum muy bien la mañana en que me saludaste en la cascada -le recordó Rafi-. Y aprenderás el idioma a la perfección. No vamos a estar hablando en inglés siempre entre nosotros -añadió.

-Rafi -Zara se mordió el labio inferior-, no paras de hablar como si...

-¿Como si qué? -la instó el príncipe cuando ella interrumpió la frase.

-Bueno, como si yo hubiera accedido a... -¿A casarte conmigo? Sí, querida; pero no te presionaré mientras estés aquí. Sé que no puedes darme una respuesta ahora. Sin embargo, estoy seguro de que cuando todo esto termine y seas libre, vendrás a mí... y te convenceré. Ya lo verás.

No pudo discutírselo. En ese momento se sentía tan confundida por su confinamiento, que le costaba imaginarse libre, a pesar de que sólo hubieran transcurrido unos pocos días.

Siguieron hablando, sobre la infancia de ella. Rafi le pedía un relato detallado de cada día de su vida. Le preguntaba los nombres de sus amigos, la ropa que había llevado en tal o cual ocasión, o si le habían gustado los profesores que iba nombrando.

Zara se esforzaba por recordarlo todo y, de pronto, después de mucho tiempo, algo cambió: de repente, lo estaba viendo; estaba viendo toda su vida en aquella habitación oscura, sin hallar dificultad alguna en rememorar detalles en los que no había pensado desde el día en que habían sucedido.

Una vida muy convencional, comprendió en aquel momento de revelación.

-¡No me acordaba de eso desde hacía años! -exclamó Zara tras contar el interés tan enorme de su abuelo por la Historia-. Era escritor. Le habría gustado viajar a Grecia, pero estaba en silla de ruedas... Creo que entonces no me di cuenta, pero me parece que le habría gustado ser arqueólogo... y aquí estoy yo.

Rafr escuchó con atención, preguntó con interés y guardó silencio cuando Zara calló... Nunca había encontrado a nadie que supiera escuchar tan bien como el príncipe.

Finalmente, cuando éste vio que se estaba quedando dormida, le dio un beso en la frente y se marchó.

Esa noche, Zara soñó que se estaba enamorando de Rafi.

Al día siguiente, el genio le llevó una lima y Zara, entusiasmada, se puso de inmediato a trabajar en el candado de la cadena que la sujetaba. Sin embargo, pronto descubrieron que hacía mucho ruido.

-Tendrás que ir poco a poco -le recomendó Rafi-. Y hay que encontrar un escondite que esté a tu alcance por si alguien viene. Será arriesgado... ¿Quieres

hacerlo?

-Sí -aseguró Zara, harta de estar inactiva-. Además, ^de qué sirve que encuentres el túnel si no puedo desencadenarme?

Luego examinaron las piedras que quedaban iluminadas por la vela de Raí, hasta encontrar una grieta, junto a la pared de la cadena, en la que podría ocultar la lima en caso de necesidad.

Convinieron que golpearía el candado unos pocos minutos dos veces al día, después de que la mujer que la vigilaba la visitase, para reducir riesgos.

De pronto, Zara volvió a sentirse humana. Podía hacer algo práctico.

Esa tarde, además de un par de piezas de fruta, el genio le llevó otra palangana y Zara volvió a bañarse y a lavarse el pelo.

-Tengo que intentar mandarles un mensaje a mis hermanos pronto - comentó Rafi mientras ella se peinaba-. Lo haré por la noche, así que tendrás que esperarme a oscuras. No quiero que nadie vea la vela y venga a investigar... Quizá si le pides una a la mujer, la próxima vez que venga, se compadezca de ti.

-Sí, es posible. Parece muy... preocupada por mí.

Vela en árabe se dice shamaa -le enseñó Raí. Zara lo repitió dos o tres veces y el príncipe sonrió-. ¿Ves que rápido vas a aprender nuestro idioma?

Poco después se hizo la noche y Rafi se marchó a explorar la fortaleza, en busca del túnel secreto. Una vez a solas, Zara esperó con impaciencia la llegada de la mujer, para, no bien se fuera, empezar a golpear el candado.

Estaba tan impaciente, que casi olvidó pedirle la vela:

-¿Shamaa? -preguntó con una tímida sonrisa.

-¡Aaah! -exclamó la mujer, sorprendida porque Zara conociera aquella palabra. Luego inició un discurso en tono de disculpa, como diciéndole que Jalal no se lo permitía.

-¿Shamaa? -insistió Zara.

Por medio de gestos, la mujer vino a decirle que no le prometía nada, pero que haría lo que pudiera por complacerla. Luego, después de mirarla apenada, se marchó.

Zara contó hasta cien, metió la mano en el escondite y se puso a trabajar según lo convenido: limaba unos segundos, escuchaba la posible llegada de alguien y volvía a limar.

Por muy impaciente que estuviera, era imprescindible ser cuidadosa, no fuera a poner en peligro su huida por no guardar unas mínimas precauciones.

Justo cuando ya estaba pensando en terminar de limar, oyó unos pasos que se acercaban por el pasillo. Zara agarró la lima a toda velocidad y giró el brazo para meterlo en la grieta donde había de esconderla... Pero en vez de sujetarse como debía, notó que se le resbalaba y cayó al suelo, más allá de su alcance.

Capítulo Diez

Era la mujer que la vigilaba, que entraba entusiasmada con una vela y un mechero. Zara maldijo su mala suerte, pero comprendió que debía mostrarse agradecida por aquel gesto humanitario:

-Shokran Jazilan -le dio las gracias mientras la mujer se agachaba junto a Zara, la cual se preguntó si Jalal habría autorizado aquello o lo habría hecho la mujer en secreto-. Shokran Jazilan - repitió con ganas de echarse a llorar.

La mujer le iluminó la cara y vio que un par de lágrimas saltaban de los ojos de Zara. Se las secó delicadamente con un dedo, la consoló con palabras amables, pensando que su prisionera lloraba de gratitud, y luego se marchó.

Una vez a solas, Zara agarró la vela y trató de ver el hueco de la grieta por donde se había caído la lima: metió la mano, pero sus dedos no lograron tocar más que el aire.

Así, cesó en su intento de recuperar la lima y se sentó a esperar la llegada del príncipe.

Zara se dio cuenta de lo mucho que ya dependía de él. No sabía qué debía sentir por Rafi: sí, era evidente que deseaba verlo, pero no hacía falta ser licenciada en Psicología para entender que aquel afecto tan intenso podía estar motivado por su reclusión forzosa.

Sin embargo, tenía la corazonada de que se estaba enamorando de verdad del príncipe; de que, aunque lo hubiera conocido en otras circunstancias, habría sentido lo mismo hacia él.

La primera vez que lo había visto, lo había tomado por un bandido y, aun así, se había sentido atraída hacia Rafi... lo cual demostraba que, definitivamente, estaban hechos el uno para el otro.

Empezó a fantasear un poco. Sabía que sería un grave error casarse con él si no lo amaba. Atarse para siempre a un país tan distinto al suyo y asumir la responsabilidad de ser reina sería insufrible sin la existencia de un vínculo profundo.

Pero si lo amaba, estaba convencida de que sería un marido estupendo: era valiente, honorable, noble y atento, protector; tenía mucha imaginación y un gran sentido del humor... ¿qué más podía pedir una mujer?

Zara pensó en el anillo y se lo llevó a los labios. Justo antes de caer dormida, lo besó y deseó...

Estaba tumbada en una cama blanca de sábanas de seda y, de pronto, oía a unos hombres acercarse:

-¿Qué ocurre? -preguntaba Zara. -Madame, Su Alteza desea verla. La está esperando. Hemos venido a llevarla a los baños.

-¿De veras quiere verme? -replicaba ella. Acababan de aceptarla en el harén del Gran Sultán y había notado el interés de éste nada más entrar en la Sala del Trono.

-Sí, madame. El baño está listo.

Después de atravesar varios pasillos, llegaban al hamam, donde la esperaban los esclavos masculinos, fuertes, guapos y resplandecientes con aceites aromáticos.

La desnudaban prenda a prenda y luego la conducían a una bañera del tamaño de

una piscina. El suelo estaba decorado con dibujos y Zara se ponía a bucear para verlo de cerca. Entonces se daba cuenta de que podía respirar debajo del agua y se quedaba allí, viendo las imágenes: hombres de ojos negros, mujeres de larga y rizada cabellera se besaban o sonreían lanzándose miradas de deseo.

Luego la bañaban con las cremas más suaves, le lavaban el pelo y la sacaban de la bañera, la colocaban sobre una cama de terciopelo y un millar de manos la masajeaban.

Su excitación se multiplicaba y Zara sólo podía pensar en el Sultán, en las pretensiones de éste y su propia habilidad para complacerlo.

Apenas recordaba su cara, pero sí su voz, profunda y varonil, mientras pronunciaba su nombre para incluirla dentro de su harén.

Los esclavos la acariciaban por todas partes, perfumaban su piel y resaltaban los contornos de sus ojos, le pintaban las uñas de rosa, al igual que los labios, y los pezones.

Entonces la vestían con unos pantaloncitos de la tela más fina y con una chaquetita que apenas cubría la turgencia de sus pechos y dejaba al descubierto su ombligo, adornado con una joya.

Después la contemplaban, se felicitaban por lo bella que la habían dejado y la escoltaban, guiándola por pasillos y habitaciones maravillosas, decoradas con joyas y oros y lámparas preciosas mientras una música sonaba con sensual melodía.

Por fin entraba en las dependencias del sultán, embellecidas con pinturas de hombres y mujeres que se abrazaban, las cuales producían un efecto afrodisiaco.

Ya sólo tenía que abrir una puerta. Zara empujaba con suavidad y veía, en la ventana frontal, la luna y las estrellas constelando el cielo. Al lado, en un extremo del dormitorio, una cama de sábanas exquisitas.

De pronto la música adquiría un ritmo aún más seductor y el sultán, oculto entre las sombras, desde la cama, le pedía que bailara para él.

Zara empezaba a moverse, contoneando las caderas y los brazos como dos serpientes sinuosas. La joya del ombligo relucía con cada torsión y, a medida que la danza proseguía, Zara jugaba a retirarse el velo que aún escondía su rostro.

Notaba que lo hechizaba, que el sultán deseaba ver los ojos de aquella mujer de lujurioso cuerpo. Y, por fin, cuando la música alcanzaba su clímax, Zara se levantaba el velo y se quedaba inmóvil.

-Acércate -le pedía el sultán con voz ronca.

Ella avanzaba sin miedo, pero ansiosa, hasta detenerse junto a la cama, enorme, mullida. Todavía no lo veía. Estaban en un mundo de sombras y apenas distinguía su torso desnudo, el brillo de un turbante o un destello de una joya verde.

El sultán le ofrecía una copa de un líquido delectable y una bandeja con sabrosos manjares.

-Una delicia -susurraba Zara.

-Sí... -decía el sultán, pero en alusión a ella. Y entonces estiraba una mano y le rozaba el lateral de un pecho, jugueteaba con un pezón, acariciándola hasta el delirio-. ¿Me amas?

-Sí, supe que te amaba nada más verte -respondía Zara mientras él deslizaba los dedos por sus pechos, su ombligo, su vientre...

-Todas saben cómo complacerme, pero nunca ha habido ninguna corno tú -murmuraba el sultán-. Dame tus labios.

Zara le ofreció la boca y el sultán la devoró, saboreó su lengua y paseó las manos por su cuerpo, hasta internarse entre sus piernas y descubrir su secreto:

-Eres una joya -afirmaba mientras le separaba los muslos.

-No es una joya -susurraba Zara seductoramente, con las piernas separadas-, sino un fruto delicioso.

-Ninguna mujer me ha excitado tanto jamás -decía él. Luego se agachaba y probaba el fruto oculto hasta saciar su deseo y hacerla jadear.

-Te amo -suspiraba Zara, separando las piernas de nuevo para provocarlo. Luego el sultán se cernía sobre ella, la desnudaba amorosamente y la poseía con ansiedad-. ¡Rafi! -exclamaba ella al verle la cara.

-¡Zara!

-¡Rafi! -repetía ella, confundida-. ¿Qué pasa?

-Pasa el amor, que no pasa; el amor, que permanece...

Rafi volvió muy tarde. Le había costado mucho comunicarse con sus hermanos, pues los guardias de Jalal habían estado muy vigilantes.

-Parecen una panda de rufianes, pero su organización militar es impecable -le dijo el príncipe a Zara-. Mis hermanos tienen novedades.

-¿Qué? -preguntó ella. Había estado soñando, pero nada más aparecer Rafi se había despertado.

-Lo sabremos mañana, cuando Mustafa haga el reparto de comida. Uno de mis acompañantes entrará con él, en sustitución de su hermano -respondió Rafi-. Es tarde, no era mi intención despertarte. Acuéstate y trata de dormir un poco -añadió a continuación.

-Me alegra haberme despertado. En realidad no tengo sueño. Tengo que contarte lo que me ha pasado con la lima -dijo Zara. Luego le contó lo que había sucedido y el príncipe la escuchó con atención-. ¿No crees que podríamos sacarla con un palo o algo así? -finalizó, después de echarse la culpa por lo torpe que había sido.

-No te castigues por esto -repuso él-. Si Dios quiere, encontraremos la manera de recuperar la luna. Pero dejémoslo para mañana. Antes quiero hablar con mis hermanos y saber qué están planeando.

-De acuerdo.

Luego permanecieron en silencio y Zara pensó en el sueño que había tenido, en lo que implicaba asumir que de veras se había enamorado de Rafi. Sin darse cuenta, suspiró.

-¿Qué ocurre, querida? -le preguntó el príncipe.

-Tendré que aprender muchas cosas si me caso contigo, ¿verdad?

-¿Eso te asusta?

-Sí, un poco. Sería tonta si no me asustara, ¿no?

-Somos jóvenes, Zara. Tú tienes veinticinco años y yo treinta. Sea lo que sea lo que nos pase, nos queda mucho por aprender. La cuestión no es si aprender o no, sino qué elegimos aprender. Te cases o no conmigo, el futuro está lleno de novedades, sorpresas, verdades, experiencias con las que ni siquiera has soñado. Eres una mujer dispuesta a viajar en busca de sabiduría y conocimiento. Nunca te conformarás y pensarás que ya lo sabes todo -contestó él tras mirarla en silencio unos segundos-. La cultura de mi país no será más difícil de aprender que el mundo de Alejandro Magno. De hecho, será más sencilla. Mientras que ahora buscas respuestas en las piedras, yo estaré a tu lado para contestar todas tus dudas. Y te aseguro que no soy de piedra: cuando me preguntes, responderé, de la misma manera que cada vez que me tocas, la sangre se me agita.

Capítulo Once

Guando el rayo de sol los despertó a la mañana siguiente, continuaban enlazados en los brazos del otro. Rafi bostezó y le dio un beso de buenos días:

-¿No es agradable despertar juntos? ¿No sientes que podrías repetirlo el resto de tu vida? -dijo el príncipe. Pero antes de que Zara pudiera responder, se dio cuenta de dónde estaba y murmuró disgustado-. No debería haberme dormido aquí. La mujer o Jalal podrían haber entrado... Sería muy peligroso para los dos si me descubrieran.

Poco después la dejó, pues era con el bullicio de la mañana cuando Rafi podía moverse con menos riesgo. Todo el mundo iba de un lado a otro y él sólo era uno más con un pañuelo blanco.

Zara procedió a asearse. Ahora no le faltaba el agua, pues había un pozo en el patio de la fortaleza y Rafi siempre le llenaba una cantimplora para beber y una palangana para asearse.

Después de lavarse la cara y las manos, de cepillarse los dientes y peinarse, se sentó a esperar. Eso era lo más duro de su clausura: el apabullante aburrimiento de no tener nada que hacer. No le había pedido al anillo un libro para leer ni una baraja de cartas, pero sí deseaba tener algo con que mantener la cabeza ocupada.

Cuando Rafi volvió, colándose por la grieta de la pared, tenía un bulto en un lado de la camisa, y llevaba un brazo por dentro de ésta.

-¿Qué te ha pasado? -le preguntó Zara, con el corazón disparado, pensando que lo habían herido y que se había hecho un vendaje de urgencia.

-Tu genio ha vuelto -respondió Rafi-. ¡Au! ¿Es que no ves que soy tu amigo, monstruito? -añadió, dirigiéndose al bulto de la camisa. Luego se la desabotonó y apareció una bolita de piel, garras y bigotitos maullantes.

-¡Una gata! -exclamó Zara-. ¡Rafi!, ¿cómo la has...?

-Cuidado, araña mucho -la previno éste. Ella estaba riendo descontroladamente, mientras la gatita intentaba dar un zarpazo en la mano del príncipe-. Sí, sí, tú ríete. Tendré que lavarme la sangre; si salgo con la camisa roja, seguro que me reconocen. Y

yo que pensaba que los gatos eran cariñosos... ¿Quién se inventó ese cuento?, ¿o es que ésta en particular es un monstruo?

-Está asustada -la disculpó Zara mientras él la posaba en el suelo-. ¿Cómo va a saber que eres bueno si no os han presentado como es debido?

-Pues de ti no desconfía.

La gata se había acercado a ella y la estaba mirando con los ojos bien abiertos, olisqueándole los dedos con curiosidad.

-Es muy bonita. ¿Dónde la has encontrado?

-Hay media docena dando vueltas cerca de la cocina comunitaria, esperando las migajas que las mujeres les tiran. Si la descubren aquí, basta con que digas que se coló por su cuenta.

Rafi se quitó la camisa y Zara se acercó a examinarle las heridas de guerra: la gata le había hecho varios arañazos; no profundos, pero sí bastante largos.

-No tengo nada para limpiarte -dijo ella al ver unas gotitas de sangre-. Tendré que lavarte con mis propias manos.

Se las humedeció en la palangana y luego las deslizó por el costado y el estómago de Rafi. Su pecho era ancho y musculoso, cubierto por vello rizado; los brazos también eran potentes... y, de pronto, saltó la chispa.

Zara no se atrevió a mirarlo a la cara. Se quedó de pie, paralizada, mientras un calambreo le pasaba por las puntas de los dedos y le estremecía de pies a cabeza.

Retiró las manos, pero la corriente no se interrumpió. Luego inclinó el cuello y dejó que el príncipe la rodeara por la cintura:

-Zara jadeó él. Ésta entreabrió los labios a la espera de un beso- . Si te toco como quiero tocarte, perderé el control. Aquí no estamos seguros. Quiero besarte, quiero... pero si lo hago, no me bastará con un beso. Me conozco, sé cúanto te deseo y lo mucho que quiero darte. Nunca he sentido algo así por ninguna mujer. Si te hago el amor... lo supe desde que te vi en la cascada... estaré perdido... Así que no voy a besarte ahora. Pero cuando mis hermanos y yo te hayamos sacado de aquí...

-Está bien -dijo Zara, resignada a reprimir sus deseos, convencida ya de que no hacía falta estar encarcelada para apreciar a un hombre como Rafi. No, cualquier mujer del mundo lo amaría.

A la gata no le gustaba nada que la bañaran, pero Zara no tenía intención de dejarla sucia. De modo que la lavó y secó con un retazo de su antiguo vestido, de cuya existencia no había vuelto a acordarse hasta entonces. Luego, a pesar de sus uñas, comprobó que no tuviera pulgas.

Rafi, después de dejarse curar los arañazos, se había marchado, no sin antes darle unos pedazos de carne a la gata. Cuando ésta se hubo secado, Zara se entretuvo alimentándola. Comió con apetito. Estaba delgada, pero no famélica, y ahora que no había polvo en su piel, parecía tan sana como cualquier otra gata. Era muy bonita y confiada, y pronto le perdonó y olvidó el episodio dio del baño. Exploró la celda, sin asomarse al pasillo, y luego se acurrucó sobre su trozo de tela blanco, se lamió una pata y no tardó en quedarse dormida.

Zara nunca se había sentido tan maravillada por la compañía de un animal; el mero hecho de ver a la gata dormir, le alegraba el corazón.

Rafi le había dejado una linterna, pues Zara ya había gastado la vela que la mujer le había dado. Pensó en apuntar hacia la grieta por la que se había caído la lima, para alumbrar el hueco...

La gata la salvó. Zara oyó una exclamación en el pasillo y se dio cuenta de que llevaba varios minutos tratando de ver el interior del hueco, perdida la noción del tiempo por completo. Mientras, la gata se

había despertado y había salido al pasillo, donde se había cruzado con la mujer que custodiaba a Zara, la cual había gritado, sorprendida por la presencia del animal.

La gata corrió a la celda de vuelta mientras Zara escondía la linterna de Rafi y le daba la vuelta al anillo, hasta quedar la esmeralda en la parte de la palma.

-¿Cómo ha llegado la gata aquí? -le preguntó la mujer con señas.

-Habrá sido la voluntad de Dios -repuso Zara.

-Dios cuida de sus criaturas. Mira, pequeña, te traigo agua y comida.

Zara aceptó el pedazo de carne que acompañó al diario currusco de pan; luego dio un mordisco y le ofreció un pedacito a la gata.

-¿Le das tu alimento a la gata?

-Es mi amiga; no puedo dejar que pase hambre.

Yo te traeré comida para ella -le comunicó la mujer con una mezcla de lenguaje corporal y ruidos vocálicos-. Pero tú come la carne - añadió.

-Y un cuenco con agua -le pidió Zara. -En seguida vuelvo -aceptó la mujer, mientras recogía la letrina de aquélla, maravillada por su capacidad para comunicarse entre ambas. Regresó minutos más tarde, con un platito con agua y unos restos de carne. Se agachó, acarició a la gata y luego una mejilla de Zara-. Jalal dice que el príncipe Rafi te ama. Eres tan bella que no me extraña.

Después de irse, Zara jugó con la gata, mostrándole un retal de tela e impidiéndole que lo agarrara, para hacerla rabiar. Llegó a reírse y a olvidar la terrible situación en que se hallaba desde hacía días.

Cuando Rafi apareció, estaba tumbada boca arriba, con la gata sobre el pecho, ronroneando.

-¿Todo bien? -le preguntó Zara al advertir la presencia del príncipe.

-Muy bien -respondió Rafi mientras tomaba asiento-. Arif ha estado y se ha marchado sin problemas. Me traía el mensaje de mi hermano. Tenían muchas cosas que contarme: la primera es que, gracias a tu ingenio, han encontrado el túnel.

-¿Sí? -preguntó ésta, tan feliz como asombrada-. ¿Cómo?

-Con los helicópteros. Localizaron tu túnica por la noche y al día siguiente regresaron para investigar a pie de arena. A unos cincuenta metros había unas rocas, como otras cualquiera, que ocultaban la entrada.

-¡Gracias a Dios!, ¡es maravilloso! ¿El túnel llega hasta aquí directamente? -preguntó Zara, emocionada.

-Hay que ir con cuidado. Seguro que Jalal tiene hombres custodiándolo; sería

idiota si no los tuviera, y no es idiota en absoluto -contestó Rafi-. No queremos que se entere de que hemos descubierto el túnel, porque... podría tomar medidas. Podría hasta destruirlo.

-¡No se lo permitas! -exclamó la arqueóloga-. Quiero explorarlo cuando salga de aquí. Tiene que ser fascinante.

-Sí, ojalá podamos evitar la destrucción de algo que ha durado tanto tiempo -Rafi sonrió ante el entusiasmo de ella.

-¿Qué van a hacer tus hermanos? -Dentro de tres días Jalal celebra una fiesta. Aprovecharemos esa oportunidad para actuar; pero antes tengo que encontrar la entrada a este extremo del túnel. Con suerte, podrás salir antes de que empiece el ataque. Será lo más seguro para ti.

-¿Qué... qué habéis planeado? -preguntó Zara, nerviosa.

-Esta noche te contaré un cuento del Libro de la Sabiduría Real y lo adivinarás sola, querida. Es una de las razones por las que se anima a los príncipes a leer esos libros: para que en los momentos difíciles recuerden los trucos de sus antepasados -respondió Rafi-.

Pero antes tenemos que recuperar la lima... con esto. Nunca más volveré a protestar porque a Arif le guste el chicle -añadió, tras sacar cuatro pastillas de goma de mascar.

Mucho después, Rafi regresó de una nueva exploración, con fruta y un poco de carne para la gata, la cual comió a todo correr y luego se quedó dormida, agotada tras jugar el día entero con la prisionera.

También Rafi estaba cansado. Se había pasado horas buscando el túnel, pero no lo había encontrado. Al menos, pensó Zara, ella podía darle una buena noticia.

-¡La lima! -exclamó el príncipe, después de que ella se la mostrara-. ¡Lo conseguiste! -añadió, al tiempo que le daba un abrazo. -Gracias al señor Wrigly.

-¿A quién? -preguntó Rafi, extrañado. -Al señor Wrigly. Creo que fue quien inventó la goma de mascar - repuso Zara, sonriente.

-¡Es estupendo!, ¿te ha costado mucho? -Un buen rato -asintió Zara-. Me habría aburrido bastante de no haber tenido a la señora Wrigly. He llamado así a la gata: señora Wrigly -añadió.

Rafi sonrió y sintió que el desencanto por no haber hallado la entrada del túnel

se desvanecía. Comieron la fruta riendo y charlando, coqueteando con las miradas de un modo que caldeaba la sangre de ambos.

-Ahora cuéntame el cuento -le pidió Zara.

-Había una vez una anciana que fue al Tribunal de justicia del rey Mahmoud, porque en una parte de su reino, donde ella vivía, unos bandidos estaban acosando al pueblo. Mahmoud le preguntó dónde se hallaba ese sitio y cuando ella respondió, el rey dijo que no tenía mucho poder sobre esa región. Entonces la mujer contestó que ella era propietaria de una casa y como tal controlaba su hogar y su jardín y que, de la misma manera, si él era rey, debía controlar todo su reino -arrancó Rafi-. Mahmoud se sintió avergonzado y le pidió que le diera más detalles. La anciana dijo que los bandidos

vivían en un refugio en las montañas; que asaltaban todas las caravanas que pasaban y a las personas que vivían en los alrededores. Añadió que el rey era el responsable de que no se respetara la Ley ni el orden y que él debía resarcirla.

-¿Cómo reaccionó Mahmoud?

-Le prometió a la anciana que el orden volvería a reinar en su territorio y que castigaría a los bandidos. Estuvo pensando un rato y luego anunció que una caravana protegida por tropas reales iría a esa zona, e invitó a todos los comerciantes que quisieran a que formasen parte de la expedición. Éstos se fueron reuniendo y al cabo de poco tiempo hubo una caravana preparada para partir... La noche anterior a la salida, Mahmoud llamó al jefe de la Guardia Real y le dio ciertas instrucciones. Al día siguiente, la caravana partió. Era una caravana enorme, con cientos de camellos, cargada de todo tipo de mercancías. Viajaron días y semanas hasta que por fin se acercaron a la zona amenazada por los bandidos... Los comerciantes empezaron a ponerse nerviosos y hasta hubo algunos que propusieron regresar; pero el jefe de la Guardia Real les dijo que su vida no corría peligro, pues él mismo, como guerrero, la arriesgaría para defenderlos. Y les dijo que el rey tenía un plan para derrotar a los bandidos, y que todo saldría bien si ellos seguían sus instrucciones... Así que los comerciantes accedieron a seguir adelante -Rafi se detuvo un segundo y luego prosiguió con su relato-. Entre los camellos de Mahmoud, había diez que estaban cargados con manzanas. Esa noche, el jefe de la Guardia Real sacó una botella de veneno que Mahmoud le había

entregado y le puso una gota a cada manzana... A la mañana siguiente, reunió a varios de sus hombres y les comunicó cómo debían actuar. Luego advirtió a los comerciantes que en el plazo de muy pocas horas llegarían al lugar amenazado por los bandidos. Les pidió que, cuando éstos iniciaran su ataque, corrieran a ponerse a salvo; él y sus hombres fingirían rendirse, retrocederían, se reunirían con los comerciantes de nuevo y, una hora más tarde, serían ellos los que atacarían... Todos obedecieron: los comerciantes se pusieron a salvo, los guerreros fingieron oponer resistencia y los subordinados que habían recibido instrucciones especiales cortaron las sacas donde iban las manzanas, para que cayeran al suelo... Después, el jefe de la Guardia dio la orden de retirada. Los bandidos, sin sospechar nada extraño en tal reacción, comenzaron a examinar su botín y, al ver las manzanas, las recogieron y se las comieron... De modo que cuando los comerciantes llegaron, se encontraron a casi todos los bandidos agonizando; por su parte, el jefe de la Guardia dio orden de invadir el refugio de los cuatreros y de acabar con los que allí quedaran... Y así es como se restableció el orden y se hizo cumplir la Ley en aquel lugar, llamado Dair Gachin.

Zara permaneció en silencio un buen rato después de que el príncipe terminara de hablar. Luego se aclaró la voz y preguntó:

-¿Es eso lo que vais a hacer?, ¿envenenar a todos los del campamento?

Capítulo Doce

Estaba pensando en la mujer que estaba siendo tan amable con ella y se preguntó si su libertad podría valer tantas vidas.

-No usuremos venenos. En este campamento hay muchas mujeres, niños y hombres no combatientes; pero usaremos un narcótico que dejará a muchos guardias dormidos antes de que ataquemos.

-¡Ah! –suspiró Zara, aliviada.

-¿De veras crees que sería capaz de permitir que murieran tantas personas inocentes, Zara? –le preguntó Rafi.

-No sabía –se disculpó ella, incómoda.

-¿Pero cómo podría justificar una masacre así?, ¿tan salvaje te parezco?, ¿qué he hecho para que tengas ese concepto de mí?

-Jalal es un bandido cruel, capaz de asesinar –se defendió Zara-. Y todo su gente es cómplice de sus fechorias, ¿no?

-No. ¿De dónde te sacas esa idea? Su abuelo fue el gran bandido Salim. En su tiempo, dominaba parte de ese desierto, igual que los bandidos del cuento. Pero no tenía ningún hijo varón. Se murió poco después de que su hija le diera un nieto, Jalal -explicó el príncipe-. Durante veinticinco años, no hubo apenas problemas en el desierto; pero cuando mis hermanos y yo nos repartimos el reino de mi padre, Jalal comenzó a darnos problemas. Reclamó un ridículo reinado que, supuestamente, estaba formado por una parte de cada uno de nuestros tres emiratos. Nunca atendimos sus peticiones y, desde entonces, se ha establecido aquí y está reuniendo adeptos a su causa... Sabíamos hace tiempo que pretendía secuestrar a alguien. En una ocasión, trató de llevarse a los hijos de mi hermano Omar.

-¿Sus peticiones son justas?

-¡En absoluto!, ¿cómo iban a serlo? -exclamó el príncipe-. En cualquier caso, nos negamos a recibirlo.

Zara, incapaz de creer lo que oía, se incorporó y miró a Rafi a los ojos.

-¿Me estás diciendo que este tipo os está dando tantos problemas y ni siquiera habéis hablado con él?

-Zara, mis predecesores han gobernado este país desde hace cientos de años. Su abuelo era un bandido. ¿De qué podemos hablar? Si cree que tiene derecho a gobernar porque su abuelo era un bandido, está equivocado.

-¿Pero cómo sabes qué es lo que piensa? ¡Ni siquiera habéis hablado con él! -repitió Zara-. ¿A eso lo llamas diplomacia?

-No, no lo llamo diplomacia -repuso él, un poco irritado-. Yo no soy diplomático con los bandidos. Lo llamo protegerme de quienes quieren robarme. ¿De qué nos serviría, a mí y a mi pueblo, negociar con un bandido?

Vale, ¿pero cómo puede perjudicaron el mero hecho de hablar con él?

-Reunirse con un hombre como él es dar pie a que el mundo piense que sus pretensiones están justificadas de alguna manera.

-¿Y qué más te da lo que piense el resto del mundo?

-Comerciamos con otros países. Si los países occidentales empiezan a presionarnos para que aceptemos lo que Jalal pide, ¿qué podremos hacer?

-¿Y no podríais verlo en secreto?

-Lo hemos pensado; pero decidimos que sólo conseguiríamos enrabietar más a Jalal -contestó Rafi-. Eso sí, es evidente que vamos a tener que hacerle frente.

-¿Cómo?

-Yo no soy partidario de la violencia, y mis hermanos también quieren evitarla

-Rafi exhaló un suspiro-. Lo complicado de todo esto es cómo salvarte sin matar a nadie. Sobre todo, teniendo en cuenta que, dentro de lo que cabe, te ha tratado bien.

-Si tenéis tan claro que no queréis emplear métodos violentos, ¿por qué no habláis con él?

-Ya te explicado por qué: hablar no soluciona todos los problemas, Zara. Puede que creas lo contrario, pero a veces no es lo indicado.

-Eso es tanto como decirme que no entiendo lo que pasa.

-¿Estás segura de entenderlo? Es una cuestión compleja y tú...

-Y yo soy una chica sencilla, ¿no? -lo interrumpió Zara.

-¡No pongas palabras en mi boca! Iba a decir que no estás familiarizada con la situación real de este país y este problema se remonta a hace muchos años.

-O sea, que no quieres contemplar un punto de vista que no sea el tuyo.

-No es eso -replicó Rafi, molesto-. Te aseguro que ya contemplé esa posibilidad, los tres la contemplamos, y tiene muchos inconvenientes.

-Lo que pasa es que tenéis miedo a que sus demandas sean legítimas. Porque si no lo son, no veo por qué iba a darles legitimidad escucharlas. Y en caso contrario, ¿no deberíais...?

-Ya te he dicho que sus demandas no pueden ser legítimas.

-¿Me estás diciendo que no existe la menor posibilidad de que la razón esté de su parte?

-Ninguna en absoluto.

-Entonces, ¿por qué iban a creer a jalal en el resto del mundo?, ¿de qué tienes miedo? -¡No tengo miedo de sus demandas! ¡Tengo miedo de que nos cause problemas diplomáticos que perjudiquen nuestro comercio! ¿Es que no entiendes lo peligroso que sería para nosotros no concederle la soberanía que él reclama si las naciones poderosas se pusieran de su parte y amenazaran nuestro comercio? ¡Estoy intentando construir carreteras y viviendas para mi pueblo!, ¡mandar a los estudiantes a otros países para que vean tecnologías más avanzadas! ¡La educación tecnológica es crucial para nuestro futuro! -bramó Rafi, desesperado-. ¿Me estás pidiendo que ponga todo eso en juego para escuchar a un bandido que es tan tonto que no sabe... que no sabe ni pinchar un guisante con un tenedor?

La frase era tan absurda, que, pronunciada además en aquel tono tan vehemente, distrajo a ambos de la discusión en sí.

-¿Ni pichar un guisante con un tenedor? -repitió Zara con voz temblorosa, para

romper a reír a continuación, a la vez que Rafi, que en seguida la abrazó y la recostó sobre la cama.

Pronto recordaron que tenían que sofocar las risas. Permanecieron tumbados, tratando de reprimirla. Zara se tapó la boca con el hombro del príncipe y, de pronto, pudo notar la excitación de éste entre sus muslos.

-¡Zara! -susurró Rafi en tono de advertencia.

Pero a ella no parecía importarle más no estar en un sitio seguro; la sangre le corría apasionada y le susurraba que debía aprovechar el momento y, de modo involuntario, una de sus manos tiró de la cabeza del príncipe hasta que sus labios se rozaron.

Este abrió la boca para capturar la lengua de ella mientras le acariciaba el pelo, una mejilla, la espalda.

-¡Rafi! -susurró Zara con voz trémula. Se olvidó de que estaban en una celda y pensó que se encontraban solos en un mundo mágico; pero al girarse para acomodarse debajo de Rafi, la cadena sonó... y el príncipe recuperó la cordura.

Cerró los ojos un segundo, suspiró profundamente y contuvo el deseo que enardecía todo su cuerpo.

-Zara, es demasiado peligroso -dijo con suavidad-. Debemos esperar.

-No... -protestó ella débilmente.

-No quiero que en el futuro, cada vez que recordemos la primera vez que hicimos el amor, debamos recordar el miedo de estar en una cárcel, por culpa de un bandido.

-Está bien -accedió Zara, consciente de que Rafi tenía razón.

-No nos arrepentiremos por esperar -afirmó éste, encerrando una promesa de pasión en la mirada-. Nuestra paciencia será recompensada.

Poco a poco, Zara fue calmándose y terminó agradeciéndole su autocontrol. Porque, ¿qué habría pensado de el más adelante, si hubiera sido capaz de hacerle el amor por primera vez en tales condiciones?

De Jalal Aziz al jeque Rafi: no tengo miedo de la Espada de Rostam. La espada de, la justicia está de mi parte. He expuesto mis condiciones. No hay posibilidad de negociar.

La presencia militar aumentaba en torno al campamento. Los helicópteros iban y venían con hombres y más hombres, pero, a pesar de su potencial armamentístico, sabían que no podían tirar ninguna bomba, por miedo a destrozar las ruinas y matar a la rehén, la futura esposa de Rafi.

Había una tienda para la prensa. Los emiratos de Barakat siempre habían despertado el interés de los países occidentales y querían seguir la pista de los tres príncipes.

Omar y Karim tenían que inventar mentiras para los periodistas de vez en cuando, a fin de preservar en secreto su estrategia; pero éstos necesitaban novedades constantes, para mantener la atención de los lectores. Querían que la matanza comenzara para enseñar un poco de sangre a sus compatriotas.

Algunos empezaron a verter críticas en las que acusaban a los príncipes de

cobardes e incapaces para la guerra, lo cual era totalmente falso. Sin embargo, no había nada más sabroso para los medios de comunicación que destruir la reputación de un héroe que ellos mismos habían creado.

De todos modos, los príncipes estaban demasiado inmersos en sus planes, como para prestar atención a la prensa, la cual se felicitó cuando, un día, aparecieron Caroline Langley y Jana Stewart en un helicóptero, sonrientes y con varias botellas de champán.

Al día siguiente, los artículos se centraron en la rubia estadounidense que le había robado el corazón al príncipe Karimy la bella pelirroja irlandesa, futura esposa del príncipe Omar.

-¿Qué hacéis aquí? -les preguntaron los hermanos cuando lograron quedarse los cuatro a solas.

-Salvaros de un desastre -repuso Caroline con dulzura-. Esos periodistas llevan varios días sin probar una gota de alcohol.

-¡Mi hermano está en el campamento de Jalal con su futura esposa! -exclamó Omar-. Tengo mejores cosas que hacer que ocuparme del consumo de alcohol de la prensa.

-Tú sí, pero alguien tiene que encargarse de ellos -le respondió Caroline a su futuro cuñado-. Ahora vamos a llevárnoslos a que hagan fotos en los palacios, les daremos de comer y volverán mucho más contentos.

-Necesitan historias -añadió Jana-. Y vosotros necesitáis quitároslos de en medio.

La fiesta que Jalal iba a dar se acercaba. Mustafa les había llevado a las mujeres del campamento menos fruta de la que éstas le habían pedido, con la promesa de entregarles el resto el mismo día del festival.

Entre tanto, los acompañantes de los tres príncipes iban narcotizando las piezas de fruta aún no entregadas, así como las judías que formarían parte del menú que iban a preparar las cocineras de Jalal.

Esa parte del plan estaba muy estudiada. La exploración del túnel, en cambio, era más complicada. No podían inspeccionarlo libremente, pues seguro que los secuaces de jalal los sorprenderían; pero tampoco podían esperar al momento crítico y descubrir luego que el túnel desembocaba en el desierto, fuera de la fortaleza.

Rafi tenía hasta el día siguiente para asegurarse de que el túnel comunicaba con el interior del campamento. Atacarían por sorpresa cuando la fruta narcotizada comenzara a hacer efecto.

Pero, hasta entonces, sólo podían esperar.

Capítulo Trece

La tarde siguiente, la mujer que custodiaba a Zara se encontró a su prisionera sofocada, tiritante y sudorosa:

-¿Qué te pasa, pequeña? -le preguntó. -El corazón -respondió Zara, llevándose la mano al pecho.

-Bebe un poco de agua -le ofreció la mujer.

-Medicina, necesito medicina. Díselo a Jalal.

-Descansa y te sentirás mejor.

-¡Necesito medicina!, ¡me muero! -susurró Zara, taquicárdica.

La mujer le dejó los alimentos que le había llevado, se puso de pie, le aseguró que le pediría ayuda a Jalal y salió de la celda.

-¿Dónde está Jalal? -les preguntó a dos hombres que jugaban a las cartas. Pero, antes de que ninguno de los dos pudiera contestar, apareció el jefe de los bandidos.

-¿Qué ocurre?

-¡Se está muriendo, la prisionera! ¡Dice que se morirá sin medicinas! ¡Tienes que soltarla!

-Tranquilízate. Es muy raro que una mujer joven se muera de un ataque al corazón. -¡Ve a verla tú mismo! Si se muere, será tu ruina. La ruina de todos...

-Eso es verdad -admitió Jalal-. Iré a su celda a ver si su vida corre peligro.

Se abrió paso entre los hombres que organizaban la fiesta y traspuso la puerta que daba al pasillo donde se hallaba la celda de la prisionera.

-Gracias por venir -susurró Zara, sudorosa, respirando con dificultad.

-¿Qué te ocurre? -preguntó Jalal, asustado, mientras se agachaba a comprobar que tenía, en efecto, el pulso disparado.

-Mi corazón... Tengo un fallo congénito. ¿Sabes lo que es eso?

-Claro que...

Jalal dejó la frase en el aire y cayó al suelo, como fulminado.

-¡Jalal!, ¡Jalal! -lo llamó Zara. Al ver que el bandido no respondía, lo agitó por los hombros, le levantó el párpado y le vio el blanco del ojo-. Está inconsciente -anunció entonces.

Rafi apareció de pronto, con una pistola con silenciador, la cual se introdujo en los pantalones.

-¿Cómo estás? -le preguntó con ansiedad.

-Bien -repuso Zara, cuya respiración ya estaba volviendo a la normalidad-. Media hora de gimnasia no me matará. ¿Te importa quitarle el pañuelo de la cara?

Quizá por tratarse de un día festivo, Jalal se había cubierto con un pañuelo verdiblanco. Rafi se lo quitó y se quedó asombrado al ver el rostro inconsciente de su enemigo.

-¡Dios! -exclamó Rafi. El parecido era asombroso.

-¿Lo ves? ¡Eres idéntico a él! -dijo Zara, después de que el príncipe se cubriera la cabeza con el pañuelo de Jalal.

-Bien -Rafi sacó su pistola y se la entregó a Zara-. Quédatela. Si se mueve, vuelve a dispararlo. Tienes once balas más; espero que no necesites usarlas todas.

-¿Cuánto tiempo...? -empezó a preguntar Zara, mientras tomaba el arma.

-Es imposible saberlo. Puede que dos o tres horas. Primero miraré las

dependencias de Jalal, a ver si la entrada al túnel está allí. Luego me encontraré con Arif, cuando venga con la fruta, y le pondré al corriente de lo que haya averiguado -la interrumpió Rafi. Luego sacó una hoja con un mapa en el que se señalaba el lugar donde suponía que se encontraba la entrada del túnel y la ubicación de la celda de Zara-. ¿Tienes tu copia del mapa?

-Sí.

-Perfecto. Entonces le pasaré el mío a Arif para no perder el tiempo hablando. Vigilaré mientras el deja la fruta narcotizada y, si tengo tiempo, llevaré las judías a la cocina. Luego regresaré aquí -dijo Rafi-. Mientras tanto, termina de romper el candado. Si viene la mujer que te cuida, tendrás que dispararla también. ¿Estás segura de lo que tienes que hacer si no vuelvo?

La noche anterior, habían estado maquinando estrategias de huida en caso de emergencia

-Sí -respondió Zara con valentía, sin llorar ni preocuparse por un posible fracaso.

-Eres una mujer valiente -le dijo Rafi.

Y un segundo después, desapareció, dejándola con el cuerpo inconsciente de Jalal. Colocó la pistola a mano, agarró la lima y se puso manos a la obra.

-¡Salaam aleikum!

-Waleikum salaam -respondió Rafi.

Luego alzó la mano como había visto en secreto que Jalal la alzaba y avanzó hacia las dependencias privadas del bandido. Una luz tenue reinaba en el interior. Raf vio dos hombres vigilando una puerta y se acercó a ellos para que pudieran intuir su cara, y no tener que delatarse con el timbre de la voz. Los guardias se pusieron de pie, alarmados por aquella visita inesperada:

-¿Ensillamos a Gavrosh, señor? -le preguntaron, confundiéndolo con Jalal-. Nadie nos había informado.

¡Un establo!, pensó Rafi, decepcionado por no haber hallado la entrada del túnel.

-¿Quién está vigilando el túnel? -preguntó el príncipe, carraspeando, como para aclararse la garganta.

Los dos hombres miraron hacia el otro extremo del pasillo y Rafi comprendió que no se había equivocado, sino que Jalal había tenido el ingenio de colocar el establo como tapadera para ocultar el túnel.

Jehan, Ahmad y Zahir, señor.

Rafi asintió, como si aquellos nombres significaran algo para él, y volvió a preguntar, aún con voz ronca.

-¿A qué hora será el relevo?

-A las... a las cuatro en punto, señor -respondieron los guardias, extrañados-. Como siempre.

-Decidle a Zahir que se presente ante mí cuando finalice la guardia -ordenó Rafi con autoridad.

-Sí, señor -contestaron los esbirros.

Rafi se dirigió hacia la salida y, cuando ya no se lo veía, hizo algunas anotaciones

en el revés del mapa para sus hermanos. Luego se mezcló con los hombres y mujeres que se encargaban de los preparativos del banquete y los saludó con naturalidad. Se sentó junto a la cacerola de las judías, olió el caldo y pidió que le dieran a probar. Una mujer le ofreció una cuchara de madera y, después de saborear el caldo, Rafi aseguró que estaba delicioso:

-¿Aseguráos de que todos los hombres que tengan la mala fortuna de estar de guardia hoy reciban un buen plato! -ordenó el príncipe-. Que no puedan decir que se perdieron todos los placeres de la fiesta.

Después se marchó, cubriéndose la barbilla con el pañuelo, pues era la ausencia de barba lo que más lo diferenciaba de Jalal. El bigote, por suerte, era tan tupido como el del bandido.

Al cabo de poco tiempo, las puertas del campamento se abrieron para permitir el paso del camión de la fruta. Al lado de Mustafa, el conductor, Rafi reconoció a Karim, cubierto con un pañuelo.

Mustafa hizo una reverencia al que él creía que era Jalal, el cual se acercó al camión y preguntó:

-¿Es de buena calidad? -preguntó Rafi, en referencia a la fruta.

-La mejor que comercio, señor -repuso Mustafa.

-La mejor del mundo, señor -intervino Karim-. Pruebe estas uvas - añadió, ofreciéndole una cesta a Rafi, en cuyo fondo había una botella con más narcótico para las judías.

-¡Deliciosas! -alabó éste.

-¿Cómo está nuestra invitada, hijo mío? -le preguntó de pronto la mujer que custodiaba a Zara, situada a unos cuantos metros del camión-. ¿Está bien?

«¿Hijo mío?» Rafi tragó saliva. Sabía que las mujeres hablaban así en ocasiones para referirse a las personas jóvenes, aunque no fueran parientes; pero el tono en que se había dirigido a él no era el de una mujer mayor a un jefe... Y si realmente era la madre de Jalal, a ella no lograría engañarla, por más que carraspease para disimular...

Capítulo Catorce

Los hermanos intercambiaron una mirada en la que se dijeron que cabía la posibilidad de que ambos murieran en los próximos minutos.

-¡No se preocupe, Umm Jalal! -gritó Karim. Umm era el término honorífico para dirigirse a las madres; pero si se equivocaba...-. Su hijo acaba de pedirnos unas uvas para la invitada enferma - añadió.

Luego le entregó la cesta de las uvas a Rafi, el cual la agarró y se dirigió hacia la celda de Zara mientras su hermano se quedaba entreteniendo a la mujer.

-Tenemos que darnos prisa -le dijo a Zara nada más verla-. Puede que sólo tengamos unos minutos y hay que esconder a Jalal.

-Te ayudo. Ya he roto el candado. -Excelente. Sujétalo por los pies -le pidió el

príncipe. Minutos después, tras pasar el cuerpo de Jalal a la celda paralela, Rafi sacó la botella con el líquido narcótico-.

Puede que la mujer venga en cualquier momento. Entretenla lo máximo posible. Dile que Jalal te ha traído las uvas para que te recuperes y que se ha marchado inmediatamente. Cubre el candado para que no note que está roto y esconde la pistola. Trata de retenerla lo máximo posible y no la dispares si no es imprescindible. Es la madre de Jalal.

-Buena suerte -le deseó Zara, sonriente, a pesar de estar aterrorizada.

Una vez a solas, se volvió a colocar la cadena bajo la atenta mirada de la gata. Luego hizo un poco de ejercicio para aumentar su ritmo cardiaco y se sentó tras romper a sudar.

-¿Cómo estás, pequeña? -le preguntó poco después la mujer.

-Shokran -agradeció Zara-. Un poco mejor.

-El corazón sigue latiéndote muy rápido -dijo la mujer, tras tomarle el pulso.

-Estoy mejor -dijo Zara, sonriente-. Siéntate conmigo a tomar estas uvas. Por favor, estoy triste.

Lo alivió ver que el camión de la fruta se había marchado. Le habría gustado hablar con Karim, pero le había dejado un sobrecito con el mapa, el número de hombres del túnel y la hora en que cambiaba la guardia.

Entró en la cocina y se acercó con disimulo a la cacerola de las judías. Esperaba con impaciencia el momento de verter el somnífero, pero había demasiada gente alrededor como para arriesgarse. Así, decidió ocultarse en una sombra hasta que poco a poco fueron marchándose todos para cambiarse de ropa para la fiesta y, sólo entonces, reapareció, se acercó a la cacerola con la botella y, segundos después, desapareció.

Zara estaba diseñando una especie de bolsito con los restos del vestido para poder llevarse a la gata, sin tener que ocuparse las manos sujetándola.

Jalal seguía dormido, pero le disparó de nuevo para quedarse más tranquila. El momento de la huida seguía siendo una incógnita, pues Rafi tenía que esperar a que el narcótico comenzara a surtir efecto en la gente y luego avisar a sus hermanos, los cuales iban a atacar esa misma noche.

Lo malo del plan era que Rafi no paraba de improvisar sobre la marcha. Tras encontrar la entrada del túnel, le había dicho a Zara que podría sacarla antes de iniciarse el ataque; pero, para ello, necesitaría un disfraz con el que pasar inadvertida.

Y en eso estaba ocupado en esos momentos, al tiempo que aguardaba a que los comensales se tomaran las judías.

Zara pensó que quizá debiera ir metiendo a la gata en el bolso, para no dejarlo para el último momento. Al fin y al cabo, Rafi tenía que estar al caer.

De pronto, oyó un ruido por la espalda y se giró para saludarlo:

-No hagas ruido -la sorprendió Jalal-. O te mato.

Caían como moscas. Después de asegurarse de que el sueño cundiría entre los hombres de Jalal, avisó a sus hermanos desde el tejado de la fortaleza, para regresar

a continuación en busca de Zara.

Entonces la vio, seguida de Jalal de cerca, el cual la estaba empujando para que se diera prisa.

-¡Jalal! -gritó Rafi tras disparar un tiro al aire.

Ya nos veremos -replicó el bandido, utilizando a Zara como escudo-. Ahora tengo prisa.

Rafi bajó del tejado por las escaleras, a todo correr, pero al llegar abajo ya no había rastro de ellos. Miró alrededor, desconcertado, hasta que, de repente, oyó el galope de un caballo, que lo atropelló, tirándole el arma al suelo. Reaccionó lo más velozmente que pudo, pero Jalal ya había abierto la puerta principal y se alejaba con Zara por el desierto.

Rafi corrió hacia el establo, en busca de alguna cabalgadura, y justo entonces vio a sus acompañantes salir del túnel, montados todos a caballo.

-¡Jalal se ha escapado! ¡Se ha llevado a Zara prisionera! -los informó el príncipe no bien se hubieron acercado.

-¡Vamos contigo!

Arif desmontó del caballo de Rafi y se lo cedió. En el lateral de la silla de montar estaba la Espada de Rostam. Rafi la desenfundó, se la puso en la cintura y salió a galope, seguido por sus acompañantes.

-¡Ya Rostam! -gritó. Era el grito de guerra de sus antepasados cuando desenfundaban la Espada de Rostam contra el enemigo.

-¡Ya Rostam! -respondieron los Acompañantes.

Luego galoparon sin descanso, animándose con más gritos de guerra, conscientes de que iban a librar una batalla a vida o muerte.

Capítulo Quince

Jalal volaba hacia unos poblados del Norte, cuyos habitantes lo apoyaban y recibirían con los brazos abiertos. Miró atrás por encima del hombro y vio que todavía lo perseguían.

El caballo, castigado por el peso de dos personas, no avanzaba tan rápido como el bandido deseaba. Así, consciente de que no lograría llegar a los poblados, giró hacia un terreno rocoso más cercano.

Zara no veía adónde se dirigían. Estaba boca abajo, con el estómago sobre los lomos del caballo, y el pelo le caía sobre la cara. Pero sí creía estar oyendo el ruido de varios helicópteros.

Jalal frenó en seco, se bajó del caballo y la obligó a que lo siguiera por una pendiente rocosa. Zara ascendía a trancas y barrancas, dificultado su equilibrio por la cadena con que le había atado las muñecas Jalal.

Rafi y sus acompañantes les estaban pisando los talones. Eran muchos más y estaban armados.

-Entrégate -le dijo Zara a Jalal-. Estoy seguro de que si lo haces, Rafi escuchará tus demandas.

-Yo también lo estoy -repuso el bandido, mientras sacaba una pistola-. Porque no pienso liberarte hasta que él y sus hermanos se sienten a hablar conmigo.

Mientras tanto, Rafi proseguía la persecución, ya a pie, al igual que los acompañantes.

-Señor, tome mi pistola -le ofreció Arif. -¿Cuántas balas hay en la recámara? -preguntó Rafi.

-Nueve.

-Espero que con una me baste. Y echó a correr, montaña arriba.

Zara estaba aterrorizada. Jalal se había detenido en un peñisco ancho al que sólo podía llegarse pasando por un desfiladero muy peligroso. Rafi tendría que pasar por ahí y sería un blanco sencillo para el bandido.

-¡No te acerques, Rafi! -gritó ella al verlo aproximarse.

-¡Cállate! -espetó Jalal-. Tiene que venir y va a hacerlo.

-No lo mates, por favor.

-¿Que no lo mate?, ¿a él? -preguntó el bandido-. Eres valiente; está claro que ha elegido a una buena mujer.

-Soy su novia y voy a casarme con él -afirmó Zara-. Suéltame y lo convenceré de que hable contigo.

-Estoy seguro de que tienes muchas armas para convencer a un hombre para que haga cualquier cosa -rió Jalal-. Pero prefiero hacerlo a mi manera. No pienso solicitar el favor de los príncipes más tiempo. Ahora soy yo el que manda.

-Por favor, suéltame. Si no, habrá una auténtica masacre.

-Todos mis hombres han muerto, ¿y tú quieres que yo respete la vida de los tuyos?

-Pero no están muertos -le aseguró Zara-. Están todos dormidos, igual que tú después de que te disparara Rafi.

-¿Mis hombres no están muertos? -Lo juro. Lo juro por mi vida...

-Ya estoy aquí -intervino de pronto Rafi-. ¿Y ahora qué?

-Tira tu pistola al suelo -le ordenó Jalal. Rafi obedeció.

-¿Y ahora?

-¿A cuántos hombres habéis matado?

A ninguno. Lo que viste era el efecto del somnífero -confirmó Rafi-. Suéltala y hablaremos -añadió.

-No pienso soltarla, pero tampoco la mataré. Quiero que un helicóptero aterrice en la piedra que hay junto a mí. Que sólo haya un piloto dentro.

-¿Adónde pretendes ir? -Rafí rió-. No tienes escapatoria. Suéltala ahora o nunca atenderemos tus demandas.

-La soltaré después de que hayamos negociado. ¿Por qué iba a liberarla basándome en tu palabra?

-Confía en mí. Todavía podemos sentar-nos a discutir con calma. Si no, ¿cuál será

tu futuro?, ¿una celda en una cárcel? -dijo Rafi. Luego, para que sólo se enterara Zara, habló en francés-: cuidado con su pistola. Voy a intentar acercarme.

-Como vuelvas a hablarle en francés, la tiro por el precipicio -le advirtió Jalal. -¡Vaya, así que eres un hombre de cultura! -se sorprendió Rafi-. ¿Estudiaste fuera?

-Sabes de sobra la respuesta -contestó Jalal. ¿La sabía?, se preguntó Rafi, desconcertado-. Se está haciendo de noche. Seguro que tus acompañantes te están esperando abajo, así que diles que o me mandan un helicóptero antes de que amanezca o la mato -añadió, apuntando a Zara con la pistola. Rafi notó que hablaba en serio y dio su brazo a torcer:

-¡Arif! -gritó, sin apartar la mirada de Jalal-. Diles a mis hermanos que envíen un helicóptero a la roca que hay sobre nuestras cabezas. Que tenga sólo un piloto dentro.

Ya está, señor -respondió Arif segundos más tarde.

-Muy bien, bandido. Tu helicóptero viene en camino -le dijo Rafi a Jalal-. ¿Qué hacemos ahora?

-Ya lo sabes, príncipe. Ella se viene conmigo. Si quieres volver a verla, ya sabes cómo.

De pronto, el ruido del helicóptero, sobrevolando sobre sus cabezas, distrajo a Jalal por un segundo. Sólo miró un instante, pero fue suficiente para que Zara, rápida como un rayo, le mordiera la muñeca con todas sus fuerzas.

Jalal gritó y la miró sorprendido, y Rafi aprovechó su desconcierto para tirarle la pistola de una pedrada.

-Te avisé de que sería una pelea a muerte, Jalal, nieto de Selim - dijo Rafi entonces, poniéndole la Espada de Rostam en el cuello.

-Mátame entonces, Rafi, hijo de Daud -aceptó Jalal-. Pero la maldición de tu padre te perseguirá si matas al hijo de tu hermano.

Capítulo Dieciséis

-Bien, ya veo que estás despierta -le dijo una mujer tras abrir la puerta-. ¿Te gustó el masaje?

-Mucho -respondió Zara.

Maria, la esteticista que estaba tratando a Zara, se sentó junto a ella en la cama.

-Me he encontrado con el jeque Rafi hace unos minutos. Acaba de llegar y te espera para cenar.

-¿Verdad que es un hombre increíble? -preguntó Zara.

-Seguro. Eres una mujer afortunada. Todo había sido tal como Rafi le había prometido: la habían mimado, le habían curado las heridas de la cadena, peinado el cabello, hecho la manicura y preparado las más deliciosas comidas.

Llevaba cuatro días recuperándose en el palacio, mientras Rafi y sus hermanos hablaban con Jalal en la capital, Barakat al Barakat.

Zara estaba deseando encontrarse con su príncipe. Había oído que los cocineros estaban preparando una cena estupenda y estaba nerviosa, excitada, aterrada y feliz de reunirse con... su futuro marido.

Porque lo amaba de verdad. Las dudas se le habían disipado en aquella roca, junto a Jalal, durante aquellos minutos terribles en los que había temido que el bandido acabara con la vida de Rafi.

Pero no sólo no había muerto, sino que había descubierto que Jalal era pariente suyo.

Por su parte, tanto María como el resto del servicio estaban encantados con Zara. -Se dice que va a haber una triple boda. ¿Es verdad? -le preguntó la esteticista.

-No estoy segura. Pero sería estupendo -respondió Zara.

Media hora después, tras quitarse la mascarilla facial que María le había hecho y darse una ducha, se fue a su dormitorio, donde la esperaba su doncella, Adilah, con varios vestidos preciosos, para que escogiera el que más le gustase.

Zara llevaba cuatro días sin poder dejar de sonreír, maravillada por el giro tan luminoso que había dado su vida.

-¡Fantástico! -exclamó Adilah después de que Zara se probara un vestido de seda azul, adornado con piedras preciosas.

Zara se miró al espejo: el pelo le brillaba sano, cayéndole los rizos hasta la cintura, y la cara resplandecía con cosméticos carísimos, magistralmente aplicados.

Se puso el anillo de esmeralda que Rafi le había regalado durante su confinamiento en el campamento de Jalal, lo frotó y deseó que aquel sueño no acabase jamás.

La cena se serviría en una de las habitaciones de las dependencias que le habían asignado. Se acercó minutos antes para examinar los preparativos y todo le pareció exquisito: el mantel, la cubertería y las flores que adornaban la mesa; el ventanal con vistas a las montañas, coronadas con blanca nieve, mientras el sol trasponía el horizonte y la luna llena subía para dominar el cielo; la fuente central, los arcos y mosaicos... todo era perfecto.

Al igual que el hombre que apareció frente a ella minutos más tarde, luciendo una túnica verde de seda, con tiras de oro, y pantalones sueltos.

Zara lo miró sonriente y enamorada desde la fuente, pero él estaba demasiado conmovido para sonreír siquiera. Le había resultado imposible concentrarse en las negociaciones territoriales los pasados cuatro días, y hasta Jalal había convenido en que no tenía sentido seguir discutiendo hasta que Rafi hubiera obtenido el sí de su novia.

Rafi acortó el trecho que los separaba, sin dejar de mirarla a los ojos, le tomó una mano con suavidad y la alzó para besársela.

-Querida -dijo el príncipe, temblando por la intensidad de sus sentimientos.

-Te amo, Rafi -dijo Zara, convencida. -Te amaré toda mi vida. Tú serás mi única esposa -le aseguró él.

Salieron al jardín mientras la luna trepaba el cielo del anochecer. Se hablaron y

permanecieron en silencio, se tocaron y no, y todo era lo mismo porque estaban envueltos en una burbuja de amor.

Por fin, regresaron dentro para cenar. -Hanifah, Hayat -llamó Rafi a dos sirvientes, al tiempo que tomaba a Zara de la mano-. Os tomo por testigos.

-Así sea, señor.

-Tomo a Zara por mi esposa -dijo, sonriente, y Zara lo tomó a él por marido-. Ya estamos casados: la boda se celebrará más adelante, en honor a ti y a nuestro pueblo; pero, según la Ley, ya somos uno. ¿Lo aceptas?

-Sí -asintió ella, emocionada.

Luego, Rafi se dirigió a Hanifah y a Hayat, los cuales salieron de la pieza, volvieron con unas cajitas y se marcharon de nuevo. El príncipe abrió una de las cajas y sacó un collar de perlas y zafiros.

-¡Rafi! -exclamó Zara mientras él se lo colocaba en el cuello. Las otras cajas, contenían dos pendientes y un brazalete a juego-. Nunca he tenido unas joyas tan hermosas -añadió.

-Nunca unas joyas tuvieron dama más bella -repuso él-. Han pertenecido a las mujeres de mi familia durante generaciones; pero creo que el joyero las diseñó pensando en ti.

-Sé que no es un sueño, pero me siento como si... como si me hubiera montado en una alfombra mágica y me hubieran llevado a un lugar donde... donde no esperaba hallarme. Y ahora que estoy, todo ha cambiado y soy feliz.

-Sí, la mejor vida es la de aquellos que se encuentran una alfombra mágica y se atreven a montarse en ella para descubrir lugares desconocidos -dijo Rafi, metafóricamente-. Como en el cuento del Príncipe Tanbal.

-¿Me contarás el cuento esta noche? -No, esta noche te hablaré del amor que siento desde el día en que te vi en la cascada.

-Te quiero dijo Zara, cerrando los ojos, rebosante de amor y felicidad.

Yo también te amo. Y ahora elige un anillo, como es tradición en Occidente.

Rafi le entregó la última de las cajitas que habían llevado los sirvientes, la cual estaba repleta de maravillosos anillos.

-¿Tienes una caja entera con anillos de compromiso? -preguntó Zara, asombrada. -El joyero los mandó para que tú eligieras -rió Rafi-. En el futuro, aprenderás muchos rituales de mi cultura, pero yo también quiero seguir esta tradición occidental, como muestra de que tanto yo como mi pueblo aprenderemos también de vuestras costumbres.

Zara estaba extasiada, incapaz de decantarse por un diamante o un rubí, o un zafiro o una esmeralda. Todos eran fabulosos, pero...

-¡Qué maravilla! -exclamó al ver un rubí con forma de corazón.

-¿Éste? -murmuró Rafi, aparentemente satisfecho con la elección-. La gente sabrá que estamos enamorados -añadió mientras se lo ponía en el dedo.

-Háblame de Jalal -le pidió Zara, aún en la mesa, cuando hubieron terminado de cenar-. ¿Quién es?, ¿qué habéis decidido?

-Como sabes, Jalal es el nieto de Selim. Su madre, Nusaybah, la mujer que te cuidó mientras estuviste presa, es la hija de Selim.

Su padre, en cambio, era mi hermano Aziz, cl cual murió un año antes de que nosotros naciéramos, cuando Nusaybah todavía no había dado a luz a Jalal -explicó Rafi-. Un día, muerto ya el bandido Selim, Nusaybah fue a palacio y habló con Nizam al Mulk, el Gran Visir de mi padre. Éste le prometió que le daría un sitio donde vivir ella y su hijo y que nunca les faltaría dinero ni alimento; pero no reconocieron a Jalal como hijo legítimo, por ser éste nieto de Selim. -¿Es posible?

-Nos hemos hecho la prueba del ADN, pero no dudamos de la palabra de Nusaybah. El parecido entre Jalal y nosotros es innegable.

-¿Y qué vais a hacer?

-No hemos decidido nada. No podía concentrarme en las negociaciones y decidieron que sería mejor aplazarlas y mandarme de vuelta junto a mi novia -respondió Rafi, con una sonrisa capaz de derretir una piedra-. Y ahora, querida, es nuestra noche de bodas -añadió antes de llevarla al dormitorio.

Epílogo

-Bueno, Marta, ¿qué se siente en un día tan especial? -preguntó Barry.

-Así es, un día muy especial para los tres Emiratos de Barakat - Marta sonrió a la cámara número dos y fue interrumpida por su compañera:

-Pero perder la oportunidad de casarse con alguno de los tres príncipes en un sólo día debe de ser duro.

-Podían haber pensado un poco en todas las mujeres del mundo a las que van a romperles el corazón -bromeó Marta-. Pero siempre hay esperanzas: he estado echando un vistazo a los hombres del Cuerpo de Acompañantes de los príncipes y también son todos muy guapos.

Barry recibió un mensaje por el auricular, al tiempo que en el monitor aparecía un pórtico decorado con inscripciones caligráficas de otro siglo.

-Andrea, ¿estás ahí? -preguntó Barry. -Sí, aquí estoy, fuera del maravilloso palacio de la Reina Halimah, donde las bodas

están a punto de celebrarse -respondió una segunda periodista-. Aquí se han dado cita invitados de todo el mundo: numerosos jefes de Estado, representantes de familias reales, así como un buen número de aristócratas y una enorme cantidad de ciudadanos de los tres emiratos, todos juntos para una celebración que combinará la tradición occidental con los rituales de Barakat.

-Me avisan de que la ceremonia va a dar inicio en un minuto -dijo Barry-. ¿Algo que añadir antes de conectar con el interior del palacio?

-Sólo unos pocos datos: los príncipes han escogido tres mujeres muy diferentes: Caroline Langley, la novia del príncipe Karim, es estadounidense, rubia y vendía ropa en una tienda de moda. Jana Stewart, la elegida del príncipe Omar, es irlandesa, pelirroja

y es profesora en un colegio de Londres. Y Zara Blake, la rehén liberada por el príncipe Rafi, es una canadiense morena y pertenece al equipo de arqueólogos que ha descubierto la ciudad perdida de Iskandiyan Así es como ella y...

-Nos vamos dentro, Andrea -la interrumpió Marta-. Luego volvemos contigo.

Las puertas del palacio de la Reina Halimah se abrieron y todos los asistentes contuvieron la respiración. Luego aparecieron los tres príncipes de Barakat, elegantes, masculinos y orgullosos, intercambiaron una mirada sonriente de complicidad y avanzaron con solemnidad por la nave central, con paso firme hacia el altar, precedidos por tres grupos de doce hombres, miembros de sus respectivos Cuerpos de Acompañantes.

-¿Alguna vez han visto tantos hombres guapos y atractivos juntos? -susurró Marta a los espectadores.

Dos acompañantes de cada grupo se separaron del resto y se dirigieron por parejas a cada una de las tres entradas por las que habían de aparecer las novias.

Las tres iban con el tradicional vestido de blanco, cada uno diferente, y cada novia había elegido un ramillete de flores distinto.

La primera en ser enfocada por las cámaras de televisión llevaba un vestido con amplio escote en V por el frente, mangas largas, con botones en las muñecas, todo con brocados en seda blanca. Llevaba un rubí rojo y capullos de rosas blancas adornándole el pelo rizado.

-La princesa Zara -murmuró Marta, para los telespectadores que se hubieran pasado un mes en coma.

La segunda novia lucía un diseño elegante y ceñido, con mangas hasta el codo y

un corpiño de estilo isabelino. Llevaba un ramillete de hiedra verde intenso y flores blancas de espino, que también embellecían su cabeza.

-La princesa Jana.

La tercera novia lucía un vestido romántico, con volantes y más volantes de seda, de mangas cortas y corpiño entallado hasta la cintura. Sujetaba un ramo de flores azules y, sobre la cabeza, un velo de tul ocultaba su rostro.

Y la princesa Caroline -finalizó Marta. Detrás de las novias iban las damas de honor. Como los príncipes, cada una tenía doce, con edades comprendidas entre los tres y los treinta años. Todas avanzaban rítmicamente detrás de sus novias, simbolizando la juventud y la belleza femenina. Los acompañantes que les habían abierto las puertas, las cerraron de nuevo y siguieron a las novias y a sus damas de honor en su paso hacia el altar. Unos metros antes de llegar, se detuvieron y, tras una breve pausa, cada una de las novias avanzó hacia sus respectivos novios.

-Nadie sabe en qué orden tomaran los votos -informó Marta, contribuyendo a la expectación del momento-. Y a partir de ahora, hasta que el servicio concluya, no habrá más comentarios.

En efecto, todos los periodistas guardaron silencio al empezar el servicio, una mezcla de himnos, lecturas recitadas, sermones y canciones, danza y música. Novios y novias fueron tomando los votos alternativamente mientras las asistentes derramaban

algunas lágrimas emocionadas y ellos admiraban la belleza de las novias.

Y, por fin, doblaron las campanas y los príncipes de Barakat abrazaron a sus mujeres.

Ahora se dirigirán a la Sala del Trono, donde va a tener lugar la recepción -dijo Barry a todos los que no hubieran oído los detalles con anterioridad.

-Sí, ahí vemos al príncipe Omar y a la princesa Jana abriendo el camino por la nave central. En seguida saldrán al exterior, para ser saludados y aclamados por la multitud... Y también se acercan ya los príncipes Rafi y Karim con sus nuevas princesas... Han abierto las puertas y el sol está entrando en el palacio... Sin duda, ¡un día estupendo! -concluyó la periodista.

Alexandra Sellers - Serie Los hijos del desierto 4 - Mi querido jeque (Harlequín by Mariquiña)